

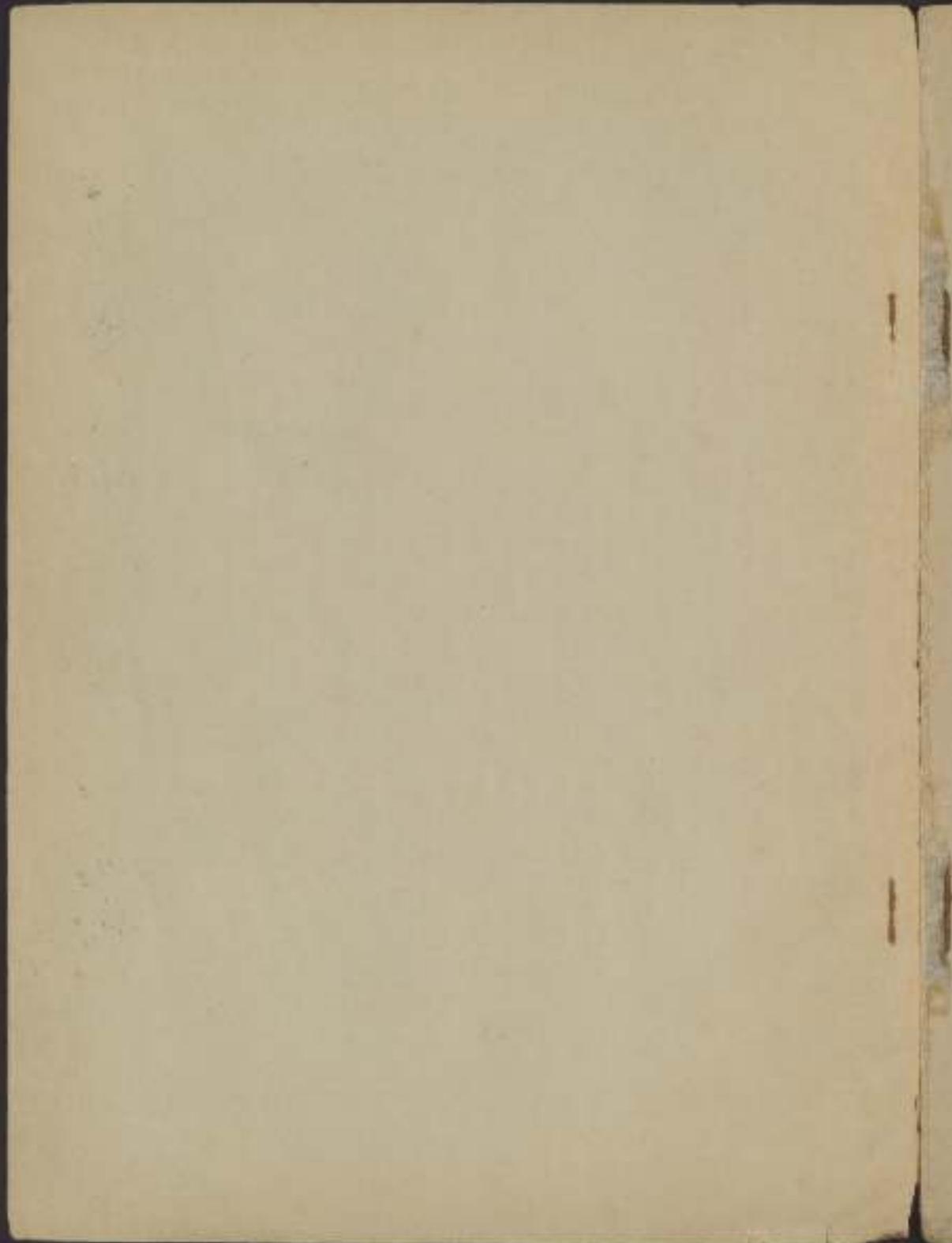
UNA GRAN PELICULA
UNA GRAN NOVELA.



SU MEJOR
Victoria

*
*La novela de un campeón
que le teme al amor.*

2.50
PTAS



300

SU MEJOR VICTORIA

•

NARRACIÓN NOVELADA
de la
PRODUCCIÓN CINEMATOGRAFICA

Presentada por



INTERPRETADA
por

EVI MALTAGLIATI, HERMINIO SPALLA
Virgilio Rianto, Margherita Bagni,
Clara Colamai y Mariella Lotti

DIRIGIDA
por

MARIO BONNARD

UNA GRAN PELICULA UNA GRAN NOVELA
UNA GRAN ESTRELLA UNA GRAN INDUSTRIA

CAPITULO I

El futuro campeón

El golpe partió limpio y preciso, conectando con la mandíbula de su contrincante. Masetto se apartó al rincón opuesto y contempló atentamente al púgil derribado, dispuesto a entrar de nuevo en acción.

—Cuatro... cinco, seis, siete —contó el juez de la pelea, en medio de un silencio sepulcral—, ocho, nueve y ¡diez!

El entusiasmo de los espectadores se desbordó. El árbitro levantó el brazo derecho de Masetto, y una salva de aplausos acogió su victoria. No había ninguna duda: el muchacho era un probable campeón.

Rómulo, su padre, le echó el albornoz sobre los hombros e intentó abrazarle, pero, súbitamente, el público enardecido saltó las cuerdas y cogió a Masetto, llevándoselo en hombros hacia los vestuarios, mientras el "speaker" anunciaba, sin que nadie le hiciera caso:

—Masetto Tonelli vence a Alfredo Rocchetti por fuera de combate.

Entre los incondicionales del jo-

ven boxeador se contaba a Pistoleleta, un chiquillo de once años, que vivía en su mismo barrio. Miró a su eterno enemigo, un niño gordiáflón de su edad y le indicó con un gesto de cabeza el cuadrilátero. Inmediatamente recibió un puñetazo en un ojo. No todo el mundo sabe aceptar noblemente una apuesta perdida.

Rómulo, gracias a su estatura y corpulencia, logró abrirse el paso hasta su hijo. Bien estaba que sus admiradores aclamaran al muchacho, que se lo merecía, pero no era necesario extremar las cosas. El púgil que se infatúa está perdido. Harto lo conocía. Más de una estupenda carrera se había malogrado por tal motivo.

—¿Es usted el entrenador de Masetto?—le preguntó un fanático.

—¿Yo?... ¡Soy su padre!—exclamó sonriente, lleno de orgullo.

—Le felicito.

Habían llegado al vestuario. Allí se acababa la fiesta. Masetto tenía que ducharse y después recibir un

buen masaje. El músculo caliente que se enfría descuidadamente es causa de más de un disgusto. Arrebató a Mascetto, empujó con el pie la puerta y la cerró tras él, no sin oír antes el juicio de un aficionado:

—Masetto no ha ganado porque sea más fuerte que Rocchetti, sino porque tiene más técnica, y eso se lo debe a su padre.

Menos mal que todavía había personas entendidas en pugilismo. Rómulo suspiró satisfecho. Se acordó de sus buenos tiempos. No obstante, Masetto era mucho mejor, sin comparación, que él. Era algo más: era un boxeador innato, que, bajo su mano, vibraba y respondía con la delicadeza y entrega absoluta de un violín. Sólo le faltaba un poco más de entreno, un poco más de "ring" y la labor de Rómulo habría terminado.

A la salida de los combates, como siempre que luchaba Masetto, un grupo de amigos suyos, acomodados y deportistas en su mayor parte, le aguardaban pacientemente sentados en sus automóviles. Dos personas destacaban el dicho grupo y eran Sandro y Renata. Sandro era un amigo íntimo de la familia Masetto y futbolista profesional, fuerte y simpático. Renata estaba enamorada, casi se puede decir sin esperanza, del futuro campeón, que no le prestaba más atención que a su corbata o a un muñeco muy lin-

do. En lugar de sentirse contrariada y desanimada por el desvío del púgil, Renata, dando muestras de una tenacidad maravillosa, aguardaba el día en que la frialdad se desvaneciera y, mientras tanto, se presentaba en todos los sitios, muy escasos, a los que concurría Masetto.

Este no se daba prisa en aparecer; ya salían del local los últimos espectadores, comentando las incidencias de la lucha y sus amigos vigilaban la salida desencantados. Se repetía la historia de siempre. Masetto aparecería el último, acompañado de su padre, les dirigiría unas frases corteses y regresaría a su casa.

—¿Viene o no viene ese campeón?—protestó Milly, elegante y linda muchacha.

—¡Bah, si ni siquiera sabe que le esperamos!—suspiró Renata.

Sandro que, en cierta manera, era el causante de la espera, quiso dominar el malhumor de los demás.

—Tiene que salir por aquí. No hay otra puerta.

—Sí, pero a lo mejor no sale hasta dentro de dos horas... yo no espero más.

Jorgé, el enorme y comodón Jorge, la miró burlescamente, arrellenándose en su asiento.

—"Yo no espero más...". Pues aquí no se está mal, ¿no os parece?

—Podías haber ido a llamarle. Sandro—dijo Renata, sin prestarle oídos.

—Ten paciencia... —aconsejó el aludido—. No hace más que un cuarto de hora que le esperamos.

—Pero, Sandro, parece mentira que digas eso —protestó Jorge, en broma—... con un temperamento como el de Renata...

Mientras los demás reían, la nombrada le lanzó una mirada furibunda, Jorge no tenía la menor idea de lo que significaba la palabra delicadeza.

—¡Idiota!

—...Un cuarto de hora es una eternidad—siguió Jorge sin inmutarse y poniendo los ojos en blanco.

Masetto imaginaba que sus amigos le esperaban a la salida. Más no por eso apresuraba su tocado. Aleccionado por su padre, admitía con alegría la sana disciplina que éste le imponía como único medio de lograr sus resonantes victorias. Y en esta disciplina se comprendía el evitar las invitaciones de la pandilla de sus conocidos y, especialmente, relacionarse con Renata o con cualquiera otra mujer. La mujer en la vida de un deportista representa una pérdida de tiempo y de energías imprescindibles para el entrenamiento. Y, por si esto no fuera suficiente, la juvenil alma de Masetto, al desconocer el amor, sentía una repugnancia declarada ante la abierta y decidida corte con que Renata le honraba.

Mientras se secaba, se esforzaba

en vano en sorprender algunas frases de lo conversación que Rómulo sostenía con su fatimo amigo Capitoste. Pero no le era posible captar una frase. Indudablemente trataban de él, pues, de otra manera, su padre, que no tenía secretos para él, hubiera hablado en voz alta.

En efecto, no se engañaba. Capitoste, agitando frenéticamente las manos, alababa exultante al muchacho.

—¡Qué triunfo!... En el séptimo asalto... tú no lo esperabas, ¿verdad?... Apoteósico.

—Sí, claro... —afirmó sonriente Rómulo—, es decir, debía acabar así, ¿eh? Pero el otro es duro y sabe lo que hace... Masetto a los veinte años no puede tener experiencia.

Capitoste no le escuchaba. Necesitaba charlar, proyectar su alegría fuera de sí, para cantar los panegíricos de una victoria que no había creído posible.

—No hace falta experiencia. ¿Has visto cómo lo ha dejado? Conoce bien su oficio... claro, como que es hijo tuyo. Aunque tú también, en tu época y sin tanta publicidad en los periódicos, has ganado bastantes combates. Si no hubieses sido por ti, el muchacho...

—¡Ah, Masetto es como yo! —protestó Rómulo—. Lleva el boxeo en la sangre. Quizá esto se deba a que su madre se asustaba mucho

del boxeo cuando él iba a nacer. Figúrate, cuando volvía a casa siempre estaba de malhumor. "Rómulo, ten más calma... Rómulo, ten cuidado... Tú peleas demasiado fuerte...". Pretendía que yo boxeara como una señorita. No lo entendía... en aquellos tiempos, las mujeres no venían a estos espectáculos.

Capitoste pensó caritativamente en lo esposa de Rómulo y se estremeció al imaginarse lo que debía haber sido su vida al lado de éste, que, si tenía un corazón de oro en bruto, era la persona menos delicada de la tierra y trataba a su cónyuge a baquetazo limpio.

—Si hubiese ido a un combate se hubiese desmayado.

—¡Ah, mujeres de otra época! Las muchachas de hoy te ven con un ojo hinchado y se ríen y si no tienes cuidado te hinchan el otro —dió por terminadas sus confidencias y gritó hacia el interior del vestuario—. Dáte prisa, Masetto. Aquí está Capitoste que te quiere salvar.

—Ya voy, papá—dijo Masetto, apareciendo y poniéndose un suéter.

Llamó a la puerta de la habitación un grupo de amigos de Masetto. Rómulo les acogió satisfecho. Todos eran deportistas, o sea, la mejor compañía para su hijo. Les dejó paso libre, mientras cruzaba entre ellos.

—Perdonen, ¿eh? Capitoste, vamos a esperarle fuera, al aire libre; dejémosle que salude a sus amigos. Para estar con su padre siempre hay tiempo.

Estrechó las manos de los muchachos y fué. Esto se precipitaron hacia Masetto y le abrazaron, sin cesar de felicitarle.

—¡Eh, eh, eh! ¡Eh, eh, eh! ¡Eh, eh, eh!

—¡Bravo! Y ahora a entrenarse para el campeonato.

—Oye, he visto a Sandro; estaba en la isla con dos lindas muchachas.

El rostro de Masetto se ensombreció. Intentó hacer desaparecer la molestia que sentía, sin conseguirlo.

—Como siempre—murmuró molesto. A veces Sandro no quería pecar de ciertas cosas. Sería necesario que se lo hiciera comprender de una manera indudable.

—Te esperan, porque querrán darte la enhorabuena —apuntó uno de sus amigos, adivinando sus pensamientos—. ¡Que te diviertas! No dejes que te engañen, ¿eh?

—No te preocupes —aseguró Masetto—. Adiós, chico.

Masetto anduvo en pos de ellos y se reunió con su padre en la puerta del local, en donde tuvo que soportar, bastante molesto ya, una nueva muestra de admiración. Se libró de las personas que le vitoreaban como pudo y simuló no oír la voz de Sandro que desde los coches

le llamaba, pero su padre le dió un codazo.

—Es Sandro—dijo el muchacho, consultándole con la mirada.

Rómulo que no comprendía la repugnancia de su hijo, repugnancia que achacaba al temor de molestarle, le sonrió ampliamente. El respeto de Masetto le enorgullecía como una muestra de su cariño filial. Al fin y al cabo no era un padre severo, aunque siempre sintiera el temor de que alguien le arrebatara el cariño del muchacho, ocupando su lugar.

—Ve a saludarle—dijo, y mientras Masetto le obedecía, explicó a Capitoste—. Es Sandro Busatti, futbolista, el campeón del Lacio.

—Sí, veo que también hay campeonas—refunfuñó su interlocutor.

—Sandro se divierte, pero es listo y se cuida bien.

Capitoste no estaba convencido. Más que desconfianza experimentaba envidia, pues el sexo bello siempre había sido una debilidad que jamás vió satisfecha. Era un tenorio fracasado, lo mismo que era un deportista fracasado.

—Masetto es joven—advirtió—. Es preciso tener cuidado.

—No hay peligro—le tranquilizó Rómulo. Conocía a su hijo como a la palma de su mano; además, tenía otros planes para él.

Masetto, mientras tenía lugar este diálogo, rechazaba apurado las in-

vitaciones de Sandro y sus acompañantes. Como era de esperar, Renata estaba también con ellos y anheló escapar cuanto antes.

—Os lo agradezco—dijo en tono definitivo—; iría con mucho gusto, pero esta noche no es posible. He de quedarme con papá.

—Entonces, que pases buena noche—replicó secamente Renata.

El despecho de la joven no hizo mella en Masetto. El resto de sus compañeros comprendía su punto de vista, en especial Jorge que, ya por cansancio, ya con malévolas intenciones, aplaudió la decisión del púgil.

—Tienes razón. Esta noche debes quedarte con tu padre: se lo merece. Adiós.

Sandro estrechó la mano de Masetto, antes de subir en su automóvil.

—Nos veremos mañana en la piscina. Enhorabuena.

Rómulo había contemplado desde lejos y anhelante esta escena. Por un momento temió que su seguridad procediese de su fanfarronería, pero, al ver marcharse los coches y que Masetto volvía hacia ellos sin la menor muestra de contrariedad, se sintió emocionado.

—Ahí viene Masetto—se encarró con Capitoste—. ¿Lo ves tú?

—Es un buen buen muchacho—alabó su amigo, extrañado y convencido.

Masetto se reunió a ellos y expli-

có los deseos de sus amigos. Rómulo protestó y le aseguró que podía haberles acompañado, recibiendo una respuesta negativa. Su hijo era un enigma para él; no era como los demás muchachos de su edad, sino que era reconcentrado, sensible, estaba apartado de él y de todo por algo que no podía definir. Indudablemente la negativa no se había debido a sus órdenes ni a sus miras futuras, sino a otra cosa cuyo conocimiento no estaba a su alcance. Era como su madre. Pensó en ésta, en su sensibilidad exaltada y en sus incomprensibles sentimientos. Como luchador y físicamente, era igual a él, pero en lo demás, y por mucho que le doliese, vivía en el mundo absurdamente sentimental de su esposa.

Se dispusieron a regresar a su casa, cuando Pistoleta les detuvo, con el ojo amoratado por su pasada refriega. Se cogió al brazo de Masetto y lo sacudió con emoción. Pistoleta venía a ser la mascota del gimnasio de Masetto, honor que compartía con su agresor.

—¿Te ha gustado?

—¡Ya lo creo! —gritó el chiquillo—. ¡Qué directo!

—¿Qué te ha pasado en ese ojo? —preguntó Masetto, mientras Rómulo y Capitoite se reían.

Pistoleta calló avergonzado y pareció meditar la contestación adecuada.

—¿Irás mañana al gimnasio? —al recibir una respuesta afirmativa, agregó anhelante—. ¿Me enseñarás ese golpe?

Masetto comprendió el origen de su deseo y acarició la cabeza del chiquillo.

—Claro que sí; te lo enseñaré... Pero ahora vete a dormir.

Capitoite se despidió de padre e hijo, para ir al bar a comentar las incidencias del combate. Lo encontró en plena efervescencia. Los concurrentes se habían dividido en dos bandos, capitaneados uno de ellos por Sardella, personaje muy conocido por sus deudas y por su afán de llevar la contraria a todo el mundo, y el otro por don Luis, dueño del establecimiento y acérrimo partidario de Masetto.

—Rocchetti y Radesio —rió un hombre—, Masetto se los come crudos a los dos.

—¡Oh, qué iluso eres! —gritó Sardella, que regresaba del mostrador—. Se ve que no conoces a Radesio, estoy seguro de que lo tumba en el tercer asalto. ¿Qué te apuestas?

—En vez de apostar —intervino don Luis—, ¿por qué no pagas los refrescos?

Sardella quedó apabullado por esta salida, pero se repuso inmediatamente y continuó defendiendo a Radesio y dando toda clase de seguridades, en lo que convenían

casi todos los bebedores, de que Radesio era más técnico que Masetto y que le ganaría cuando quisiera.

Capitoste bebió una copa y se encaminó hacia los discutidores, siendo seguido de don Luis, con lo que la discusión a poco se convirtió en tumulto para pasar a ser franca pelea, en la que las apuestas e insultos se cruzaban en partes iguales.

Rómulo abrió la puerta de su domicilio e hizo pasar adelante a Masetto. Este, que hasta entonces no había recibido su aprobación, lo que le tenía sorprendido, se detuvo y le preguntó:

—¿Estás contento, papá?

—¡Bah! No ha estado mal, no —aseguró éste, apretándole el brazo.

Masetto tuvo bastante con aquel contacto. Lanzó un suspiro de alivio. Ambos hombres subieron en silencio la escalera. La luz de una ventana estaba encendida y en los visillos se recortaba la silueta de una muchacha. Rómulo se la indicó a su hijo, mientras abría la puerta de su piso:

—Ana aún está despierta.

—No tendrá sueño —respondió Masetto, que conocía las intenciones de su padre y le dejaban indiferente—. No hagas mucho ruido; despertarás a mamá.

Rómulo se encogió de hombros. Inevitablemente Amalia estaría despierta.

—¿Vas a la piscina mañana? —al ver su afirmación añadió—: Iré a buscarte. Vete a dormir.

Masetto le dio las buenas noches y Rómulo se dirigió a su alcoba. Su humor era excelente y tenía deseos de gastar una broma a su esposa.

—¿Y Masetto?—preguntó ésta anhelante.

—Le han abierto la cabeza —exclamó brufalmente, pero conmovido por su espanto, agregó—. Parece mentira... ¿Es que he vuelto yo alguna vez con la cabeza rota? Masetto sabe mucho más que yo. No te preocupes.

La madre sonrió a través de sus lágrimas de alivio. Para ella su hijo continuaba siendo un niño y sus continuos triunfos se le antojaban inexplicables. Sin embargo, sintió un orgullo semejante al de su esposo:

—¿Cómo ha estado?

—¿Cómo quieres que haya estado? Ha vencido... De un sólo golpe le puso fuera de combate.

Apagó la luz y se metió en la cama, que crugió bajo su peso. Amalia dirigió sus plegarias a Dios para que auxiliara a su hijo y regresara siempre sano y salvo. Una parte de sus oraciones fueron dedicadas a su esposo, para que el Señor le conmoviese y le hiciera más humano.

Rómulo respiraba fuertemente, como si estuviera dormido. Pero nunca había estado su imaginación

más despierta ni clarividente. Trataba planes para el futuro. Masetto combatiría por el campeonato de Italia y luego se entrenaría y lucharía por el de Europa. Una vez en posesión de ambos, y colmadas sus aspiraciones, llegaría la hora de que el muchacho sentara la cabeza, aunque tal expresión resultara exagerada. Lo que quería decir es que necesitaba casarse. El ya tenía es-

cogida su futura esposa: la buena y sencilla Ana, que siempre aguardaba a que Masetto regresara de sus combates para tener la satisfacción de oír su voz y que acostumbraba al día siguiente a ir con cualquier pretexto a su abacería, para que le narrara las proezas de su hijo.

Estos fueron los últimos pensamientos que acariciaron al bueno y brusco Rómulo antes de dormirse.

CAPITULO II

El desafío

Al día siguiente, Rómulo abrió su abacería y recibió modesta y orgullosamente, a la vez, los elogios que sus clientes tributaban tanto a su hijo como a él. Rómulo era una personalidad en su barrio y lo sabía. No todas las personas tienen la satisfacción de que un hijo suyo ascienda por el camino de los campeones sin el menor contratiempo. Masetto hasta entonces, y era de esperar que en adelante sucediera lo mismo, resultaba imbatido. ¿Y gracias a quién? ¡Gracias a él, que le dosificaba y entrenaba!

Rómulo ya estaba asombrado del retraso con que Ana iba a buscar noticias. No era habitual en ella ser tan tardía. Despachó unos cigarros a un cliente suyo y vió que en aquel instante penetraba en el establecimiento la muchacha. El corazón se le abrió de alegría al contemplar el dulce rostro de su futura hija política. ¡Qué distinta era de las señoras que revoloteaban en vano en torno a Masetto! Era modesta, qui-

zás no vestía a la última moda ni muy bien, pero el caso era que llenaba todos los requisitos colmadores de sus esperanzas. Además, y por rara coincidencia, Amalia estaba acorde con él en que aquella muchacha se merecía a Masetto y que ambos habían nacido uno para el otro.

—Señor Rómulo —dijo Ana tímidamente, cortando el raudal de sus pensamientos—. Déme un paquete de sal.

Rómulo sacó de debajo del mostrador la mercancía solicitada, pretexto para trabar conversación, y se la alargó, esperando que comenzase el interrogatorio.

—¿Qué? ¿Ha estado bien?—dijo anhelante.

—Mejor que bien... —explicó Rómulo, asestando un puñetazo al mostrador, que hizo estremecer el establecimiento—. ¿Estás contenta?

—Anoche oí la radio. Al terminar el combate, todos gritaban: ¡Viva Masetto!

Rómulo se puso a su lado y la miró fijamente, con la risa bailándole en los ojos:

—Te acostaste muy tarde anoche, ¿verdad? Apagaste la luz cuando venimos nosotros, confésalo.

Capitoste vino a salvar a Ana de su turbación. Los medios de Rómulo para charlar eran demasiado directos, así es que agradeció a Capitoste, y al periódico que agitaba en su mano, su intervención.

—¡Rómulo! ¿Has leído? ¡Qué artículo! ¡A toda página, tres columnas! ¡Y no se han olvidado de mencionar tu nombre!

Rómulo escudriñó el efecto que estas palabras producían en la joven. Una luz gloriosa se había encendido en sus pupilas y se dijo que Masetto sería muy leudo si dejaba escapar a Ana. Era muy parecida a Amalia cuando se casaron. Una ruda emoción ante esta igualdad se apoderó de él.

—Lo mío ya pasó a la historia. El mundo es de los jóvenes que son de otra raza... sí, quizás porque hoy todos son fuertes, todos deportistas. En mi tiempo un boxeador era algo tan raro que cuando pasabas por la calle la gente decía: Mira, ahí va un boxeador; como si hubiesen dicho: Por ahí va un fenómeno.

—¿Y a mí? —corroboró Capitoste—. Cuando yo corría en bicicleta, cada vez que volvía a casa, el portero me decía siempre: ¿No se

ha roto usted la cabeza?... —apartó aquel recuerdo desagradable—, dejémoslo; dáme un cigarro puro.

Ana escuchó divertida sus palabras. Luego cogió el paquete de sai y se dirigió hacia la salida.

—Buenos días, señor Rómulo.

Respondióla Rómulo, y él y Capitoste vieron en silencio cómo se marchaba. Después, lleno de curiosidad, Capitoste se encaró con su amigo:

—¿Quién es?

—Una vecinita.

—¿Vive ahí?—preguntó interesado Capitoste.

—Confórmate con mirar.

—¿Y por qué? ¡Es linda!

—No es para nosotros, Capitoste —y viendo el gesto de tenorio de su interlocutor, anunció—: Está enamorada de un boxeador.

—¿Masetto? —afirmó Capitoste, que había acertado—. ¿Y él?

Rómulo hizo un gesto de impaciencia. La curiosidad de Capitoste era peligrosa. Pronto todo el barrio estaría enterado del asunto y, tal vez, Masetto se molestaría de la publicidad de algo en que no había reparado jamás.

—Pues, él la aprecia, porque sabe que es una buena chica, pero como se puede apreciar a una amiga.

Capitoste sopló la punta de su cigarro meditabundo.

—Así es la juventud, no sabe apreciar ciertos valores, y, cuando

se llega a nuestra edad y se tiene un exacto conocimiento de la vida...

—Es preciso contentarnos con un buen cigarro—apuntó Rómulo, cerrando su pensamiento.

—Es curioso, pero es así.

Se oyó un ruido de pasos en la trastienda y apareció Amalia, que se situó detrás del mostrador en espera de clientes.

—¡Al fin...! —exclamó Rómulo—. Se te han pegado las sábanas, ¿eh?

—He tenido que arreglar un poco la casa; si no me preocupó yo...

—Una buena ama de casa tiene sus obligaciones—le apoyó Capítoste, barruntando un exabrupto de su amigo.

—Y yo tengo a Masetto, si no me preocupara de él...—aseguró brutalmente, más por egoísmo que por afán de herirla.

Amalia inclinó humillada la cabeza. Por muy acostumbrada que estuviera a la insensibilidad de su marido, cada grosera afirmación de éste la hería en lo más íntimo de sus sentimientos.

—También necesita a su madre—protestó Capítoste, recibiendo en pago una mirada agradecida.

—Nada, nada, sin mí el muchacho no sería nada. Y no es porque yo le enseñe a dar puñetazos, es porque nadie le comprende como yo. Andá, vamos, Capítoste. Es tarde y Masetto me espera en la piscina

—y dirigióse a su esposa—. Vendremos pronto. Puedes ir preparando la comida.

Una vez en la calle, Capítoste pasó un brazo por el de Rómulo y quiso hacerle reparar en los disgustos que proporcionaba su proceder a su esposa.

—Perdóname, Rómulo, si me permito hacerte una observación. Pero tú con tu mujer eres demasiado rígido, casi diría yo, injusto.

Rómulo abrió desmesuradamente sus ojos. La idea jamás se le había ocurrido y que Capítoste le hiciera fijarse en ella le molestaba, por no decir que le sorprendía.

—¿Yo? Ni pensarlo siquiera. ¿Y por qué?

Crecieron los apuros de Capítoste, al ver que, en lugar de un ataque de ira, Rómulo se asombraba de su declaración.

—¿Por qué?... La madre también tiene sus derechos sobre los hijos.

—Sí, pero es otra cosa... Las mujeres no entienden nada—dijo, dando por terminada la conversación—. Hasta la vista, Capítoste. Nos veremos luego en el café; jugaremos al dominó, te debo una oportunidad.

Y, con estas palabras, Rómulo alejó para siempre la cuestión que había surgido turbadora. Como media siempre a las personas según su mismo rasero, no llegaría nunca a

comprender que su conducta era un continuo quebranto para la sensibilidad un poco exaltada de su esposa.

Eva, Renata y Jorge estaban sentados en una mesita próxima a la piscina. Renata esperaba a que apareciera Masetto, según habitaba, después de su entrenamiento, para bañarse y relajar los músculos tensos durante los ejercicios.

Eva era una hermosa rubia que se había prometido una multitud de veces, para dar luego por rescindidos sus compromisos. Dentro de su inconsciencia y egoísmo, no carecía de sensibilidad, pero, su continuo trato con los hombres, además de su enorme ambición, scallaban aquella facultad y lograba en tal estado obtener el máximo partido de la vida, esperando, aunque secretamente, a que apareciera el hombre soñado.

En caso contrario, algún día cedería al reclamo del interés, y se casaría con un hombre adinerado. Naturalmente, puesto que hasta entonces la ansiada aparición no había tenido lugar, daba alas a todos los representantes del sexo fuerte, que cantaban sus alabanzas, sin decidirse por ninguno, en espera de su mirlo blanco.

Por tal motivo su concepto de la vida era restringido, aun cuando, por lo mismo, no careciera de penetración y de diafanidad.

Masetto subió a la palanca y

cuando llegó su turno saltó en el extremo de ella, esperando para arrojarle a que la piscina estuviera libre debajo de él. Renata viólo y no logró acallar su entusiasmo.

—¡Míralo!

—¡Qué manía con ese boxeador! —protestó Eva, para la que Masetto era el tipo ideal del brutal deporte que practicaba.

—Mira, ahora va a saltar desde el trampolín.

Eva pensó que Masetto físicamente tenía una espléndida figura. No estaba demasiado musculado, al igual de los demás púgiles, sino que poseía una gracia felina y esbelta en todos sus movimientos. Además, el salto había sido de una prodigiosa justeza y como buena amante del deporte no podía negarlo.

—¡Buen salto! —aprobó, pensando si Masetto combatiría tan bien como todos afirmaban, haciéndose lenguas de su bravura y de su fuerza.

Seguramente serían exageraciones. Ella no había tenido hasta entonces ocasión de asistir a una velada pugilística y los misterios de la fraseología de los conocedores resultaban para ella un arcano, amén de ser irrisoria.

—¿Lo encuentras interesante? —preguntó, viendo como su amiga no despegaba los ojos del muchacho que cruzaba velozmente la pis-

cina a nado—. A mí me parece estúpido.

—No... es interesantísimo.

Jorge se puso en pie y avanzó hacia el lugar por donde Masetto salía de la piscina. Le comunicó los deseos de Renata de que se reuniera con ellos. Eva, comprendiendo que dentro de un momento Jorge habría convencido al boxeador, se levantó y marchóse a otro sitio. No deseaba encontrarse con él. Sentía una repugnancia instintiva en conocerle.

—No, no, ya no puedo más —insistía Jorge, ante la testarudez de Masetto—. Desde las siete de la mañana está telefoneando. ¿Qué culpa tengo yo de que tú seas un castigador? Pero, dime, ¿qué te cuesta? y además, es una chica muy bonita.

Masetto arqueó las cejas y midió a su amigo con la mirada. Jorge era célebre por sus amoríos en los que triunfaba a pesar de su voluminosa figura casi siempre, aunque fuese cazador y cazado al mismo tiempo.

—¡Ah! Para tí todas son bonitas.

—No, no. Renata es una muchacha muy guapa.

Por fin cedió Masetto, para no ser grosero, a los requerimientos de Jorge, bajo la vigilante mirada de Renata. Su padre le contemplaba sentado en un rincón y no parecía estar contrariado. Pasaron al bar y

se sentaron en los taburetes del mostrador.

A poca distancia del lugar por ellos ocupado estaba Radesio, el próximo contrincante de Masetto, acompañado de Sardella y de su entrenador. Sardella le indicó la presencia del muchacho, que Radesio acogió con indiferencia. Estaba demasiado seguro de sus fuerzas para que la proximidad, ni la idea de que pasados quince días cruzaría sus guantes con él le asustaron. Sin embargo, Sardella, cuyo crédito económico dependía del triunfo de Radesio, intentó encender el matonismo de éste último, para que, perdiendo la tranquilidad Masetto o siendo asustado por su favorito, se presentara tímidamente al combate y fuera vencido con absoluta facilidad.

—Si te ve, se escapa. ¿qué os apostáis?— anunció, siguiendo su veterana costumbre.

Radesio no le hizo caso y continuó bebiendo su refresco. Su manager estudió el grupo formado por la muchacha, Jorge y el púgil.

—Masetto con una chica. ¡Qué raro!

—Oye, Radesio, búrlate de él; está presumiendo demasiado.

Los tres amigos pedían sus consumiciones. Masetto se contentó con una limonada y la sorbió con una pajilla. Radesio bajó de su taburete, vencido por las malignas insi-

nuaciones de Sardella, dispuesto a aterrorizar y humillar ante todo el mundo a su adversario futuro. El chiquillo era demasiado fino para el cuadrilátero. Como muchos hombres, Radesio desconocía la antigua frase de que "lo cortés no quita lo valiente" y esta ignorancia fué la causa de su primer fracaso.

—Campeón, ¿tú qué bebes?

Masetto se encaró con el que le hablaba. Contempló a Radesio, más bien bajo para su categoría, de aspecto inteligente, ancho de espaldas y de gran musculatura. A su vez saltó de su taburete y se acercó lentamente al preguntón.

—¿Es a mí?

—Claro —dijo Radesio, haciendo un gesto con la mano— eres el hombre del día. Te confieso que tengo tanto miedo de enfrentarme contigo que he estado pensando en no aceptar el combate.

—Hazlo; me ahorrará una molestia.

—¿Te has ofendido?—dijo Radesio, viendo que los circustantes se acercaban a ellos llenos de curiosidad, creyendo que iban a ver una pelea anticipada.

Masetto hizo trabajar a su cerebro rápidamente. No comprendía la hostilidad injustificada de un púgil de la categoría de Radesio. Aquello estaba bien entre principiantes que desean asustarse mutuamente; y, además, era antideportivo; de to-

das formas, aquello le serviría de pauta o de guía para darse por enterado de los procedimientos de su adversario. Le hubiera gustado que su padre estuviera a su lado. El estaba desconcertado y nervioso, aunque con la cabeza clara y sin miedo.

—¿Yo? Te doy las gracias —contestó arrastrando las sílabas.

—Quizá no me las des dentro de unos pocos días.

—Ahora va a salir corriendo— anunció Sardella a los espectadores de la asombrosa disputa.

Masetto descubrió el juego de Radesio. Quería llevar su competencia a un terreno personal. Aquello sería la causa de su pérdida. Harto sabía que el boxeador que sale dispuesto a luchar, conmovido por la pasión que sea, está perdido. Si él daba oídos a las palabras o se enardecía, el día del combate el recuerdo de la escena actual se interpondría entre él y la visión del juego de su adversario y perdería. En cambio, si mantenía su sangre fría, Radesio saldría vencido y la pelota que arrojara rebotaría contra él; el odio le capturaría...

—No se dan las gracias en nuestro oficio. ¿Estás nervioso, Radesio? —dijo sin apartar la vista de su contrincante—. Muchacho, tula para el señor.

—Gracias, campeón, la acepto con mucho gusto. Eres tú quien invita, ¿no?



Se abrió la puerta y penetró Sandra vestida de etiqueta. Extrañado de encontrar a su amigo sin compañía recorrió con la mirada el vestuario.



Radesio no respondió. Pensaba que Masetta, a pesar de no ser muy boxeador, era rápido, demasiado rápido para él, en algunas ocasiones.



Jorge tenía que contentarse con consolar a Renata de la ausencia de Masetto. A pesar de su corpulencia tenía un gran atractivo para las mujeres.



Había algo tan ofensivo y amigoso en su acento, que Masetto se volvió, como si le hubiera picado una víbora.

—Claro.

—¿Tú no bebes?

—No tengo sed.

En los ojos de Radesio lució una luz peligrosa. En el terreno de las frases, en el terreno intelectual, jamás vencería a Masetto.

—Me pareció que tu padre había venido a traerte el biberón.

Algunas personas rieron, pero Masetto no se inmutó:

—Ten cuidado, quizá dentro de poco seas tú el que tomes el biberón.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Podrías dar con alguno que de un puñetazo te hiciera saltar los pocos dientes que te quedan.

El desafío era demasiado manifiesto, lo mismo que la amenaza, para que ningún hombre, y menos Radesio, lo dejara sin contestación. Hizo un movimiento, pero en aquel instante intervino Sandro. La broma ya iba demasiado lejos y no quería que Masetto se expusiera a un mal golpe de Radesio, que físicamente era más fuerte que él. La pelea en el ring y en la calle son muy distintas; en ella siempre gana la fuerza bruta y la marrallería.

—Hola, Radesio —éste le contestó y cogiendo de un brazo a Masetto, le llevó hacia la salida—. Oye, es tarde, vámonos ya.

—Adiós, campeón—gritó burlescoamente Radesio.

—Gracias por decírmelo. Procuraré serlo.

Y dejó a Renata y a Jorge pegados al mostrador y con la boca abierta. Renata hizo pagar su fracaso y el malhumor consiguiente a Jorge, que continuó masticando filosóficamente, sin prestarle oídos.

Rómulo se encontró con su hijo y le reprochó suavemente su tardanza, pero cortó su cariñoso sermón percatándose de que el muchacho estaba pálido y excitado.

—¿Qué te pasa?

—He visto a Radesio—confesó Masetto de mala gana.

La escena había impresionado más de lo que quería demostrar.

El cerebro de Rómulo trabajó rápidamente. Aquel encuentro no auguraba nada de bueno para su hijo, a juzgar por su nerviosismo.

—¿Dónde?

—Allí, en el bar. Me ha gastado una broma.

Rómulo no quiso creer en la alegría, forzada a todas luces, de Masetto y mientras caminaban hacia los vestuarios, insistió:

—¿Qué te ha dicho?

—Que no combatirá.

—¿Por qué?—insistió Rómulo, frunciendo el entrecejo.

—Era de broma, papá.

Rómulo se detuvo y puso sus brazos en jarras.

—¿Con que era de broma? El lo hacía para impresionarte —hizo

un gesto amenazador—. Si me lo dice a mí... Y tú le vencerás; le pondrás fuera de combate.

El tiro le iba a salir por la culata a Radesio, pensó. Su maniobra no iba a tener éxito o su hijo no llevaba su sangre en las venas. Aquel sería un buen punto de partida para enardecerle durante los entrenos. ¡Ya vería Radesio quién era Masetto y quién era el entrenador, su padre!

A la mañana siguiente fué con su hijo al gimnasio y bajo su experta dirección se entrenó. Cuando desfallecía le guiñaba un ojo, recordándole su disputa, y la terrible izquierda de Masetto golpeaba rápida y certera los puntos indicados, a una velocidad maravillosa. Golpeaba, golpeaba y golpeaba. De vez en cuando la derecha remataba sus efectos, con toda la dinamita y puntería de un mortero bien dirigido.

CAPITULO III

El combate

La noche del combate Masetto-Radesio había llegado. La afición estaba electrizada y desde muy temprana hora había comenzado a llegar al local a raudales, hasta el punto de que no quedaba ni un asiento vacío y que muchas personas permanecían en pie en los pasillos.

Masetto estaba sólo en el vestuario, tumbado en la mesa de amasar. Su padre, lleno de un desconocido nerviosismo, producto sin duda de la disputa en la piscina, no podía estarse ni un momento quieto y había salido con un pretexto al pasillo. Sólo, como hemos dicho, estaba Masetto, precisamente cuando más necesitaba el apoyo de Rómulo, pero la dura escuela en que se había educado éste no le permitía dar importancia, para no impresionar al muchacho, a la trascendencia que para su carrera tenía el acto deportivo de aquella noche.

Masetto se esforzaba en respirar regularmente y en fijar su mente en una idea sin importancia o en no pensar nada. Pero sus esfuerzos no

tenían éxito. Tenía, a pesar de llevarlas vendadas, las manos frías y una rara sequedad se apegaba a su garganta.

Se abrió la puerta y penetró Sandro, vestido de etiqueta. Extrañado de encontrar a su amigo sin compañía recorrió con la mirada el vestuario.

—¿Cómo va eso?

—Muy bien—dijo Masetto incorporándose e intentando sonreír.

—¿Y papá?

—Ha ido a echar una ojeada al público. Está un poco nervioso.

—¿Y tú?

—Estoy tranquilo—aseguró con rictus en la boca.

—Ten cuidado—le advirtió Sandro, que no estaba menos preocupado—. Radesio es un granuja. Sería muy capaz de hacerte una trastada.

—Tendré cuidado—prometió Masetto, con voz que sonaba extrañamente infantil.

Entró Rómulo y obligó a que se tumbara su hijo.

—¿Qué hay, Sandro?

—Nada, señor Rómulo.

—Me estaba diciendo que Radesio está en forma.

Las manos de Rómulo dieron un experto masaje a los músculos de la espalda y del cuello. Al oír aquellas palabras se detuvieron.

—¿Y tú no, dime? Verás como él tratará de impresionarte; es su sistema. Tendremos calma y serenidad —dijo suavemente, desgranando sus frases para que se hincaran en el cerebro de su hijo—; así le venceremos. ¿Me comprendes?

En el vestuario de Radesio ocurría una escena parecida a la descrita. El manager del contrincante de Masetto, sentado al lado de su pupilo le daba los últimos consejos:

—Tienes que tumbarle en el tercer asalto, ¿sabes? Tú eres fuerte, pero él es joven y aguanta más.

—Tranquilízate —le respondió sobriamente Radesio—. Ya sé cómo debo defenderme.

En el mismo instante en que Rómulo acabó de amasar a Masetto, llamaron a la puerta del vestuario, dando la señal de que tenían que dirigirse al ring. Rómulo crispó sus manos y suspiró lleno de deseos:

—¡Ojalá me tocara a mí!

Los tres hombres salieron al pasillo. Sandro tuvo una idea para animar a Masetto, que continuaba raramente decaído.

—Señor Rómulo: esta noche el

campeón deberá venir con sus amigos.

El entrenador dió una palmada a Masetto, mirando agradecido a Sandro:

—Al campeón de Italia le daré permiso.

La aparición de Masetto fué acogida con una salva de aplausos. Pero al muchacho jamás se le había antojado tan desierta y tan hostil la fría luz que iluminaba el cuadrilátero de lona, al que subía acompañado de su padre. Este con una experta mirada comprendió su estado de ánimo y sin decirle una palabra le empezó a calzar los guantes.

Entre el público se cruzaban terribles apuestas. Sardella llevaba la voz cantante y se apostaba hasta la camisa a que Radesio tumbaba a Masetto al tercer round.

—No apuestes ya más, hombre— advirtió don Luis, que estaba unas filas más abajo, acompañado de Capitoste, que se mordía las uñas de impaciencia y de temor.

—Don Luis, que yo no le he pedido nada—protestó Sardella.

—Sí, pero traza mala suerte. Es cucha, si pierde Radesio, te perdono todos los refrescos y te pagaré uno esta noche.

Sardella se echó a reír burlonamente:

—Entonces temo que no beberé.

Don Luis iba a replicar, pero el "speaker" anunció a los boxeadores y prestó oído, olvidándose de todo.

—Radesio, campeón de Italia, peso medio, contra Masetto Tonelli, aspirante al título. Combate a doce asaltos.

Masetto, después de estrechar las manos a Radesio y de escuchar las advertencias del juez de la pelea, volvió a su rincón y se sentó. Estaba tembloroso e intentó dominarse. Estudió a su adversario. Tenía escasa envergadura, lo cual le hacía suponer que lucharía a media distancia y al cuerpo a cuerpo. La cuestión era... Pero unas ideas empujaban a otras y no podía fijar su pensamiento en el combate. De nuevo los nervios se apoderaron de él... Sonó el gong, sobresaltándolo.

Radesio apenas tocó los guantes de Masetto y le dirigió un golpe a la mandíbula, que éste esquivó rápidamente. Radesio volvió a insistir en su ataque y tres directos suyos al hígado del muchacho fueron acusados. Masetto con un maravilloso juego de piernas y empleando a la contra la izquierda, contuvo a Radesio y logró unos momentos de descanso para rehacerse. Sin embargo, la oportunidad no duró mucho, Radesio continuó atacando y le llevó contra las cuerdas, fintó con la izquierda, movió rápidamente sus pies, cambiando su situación respecto a

Masetto y éste, desconcertado, se descubrió, recibiendo un chochet preciso, aunque algo retrasado, entre la mandíbula y el cuello.

Masetto trató de evitar el aluvión de golpes que llovía sobre él. Un gancho al plexo solar le dejó sin aliento y a merced de su adversario, que, por una distracción, repitió el golpe, en lugar de dirigirlo a la barbilla descubierta del muchacho. Este se agachó y cruzó sus guantes sobre su rostro, yendo a pegarse a Radesio...

El público, que ante la pasividad desacostumbrada de Masetto había permanecido unos segundos en silencio, se puso a animar a uno y otro contrincante, mientras se preguntaba qué le ocurría a Masetto para que se dejase sorprender de aquella manera.

Eva y Roberto, su último pretendiente que tenía más probabilidades de victoria, llegaron a la sala medido el primer asalto. La curiosidad había inducido a Eva a ceder a los ruegos de Renata, Jorge y Sandro de que presenciara aquel combate. Como ya es sabido, desconocía el boxeo y la primera impresión que sacó de él —un hombre membrudo golpeando a un muchacho indefenso— no fué muy animadora. Sintió repugnancia y tristeza. ¿Así que aquel ser humano que era maltratado en el cuadrilátero era el célebre y estupendo púgil de que

estaba enamorada Renata? ¿Dónde estaba su gracia, su agilidad y su inteligencia en luchar? Apartó con desagrado la vista de los dos púgiles y recorrió con los ojos la sala hasta que encontró a Renata que, sentada entre Jorge y Sandro, se retorcia las manos desesperada.

—Mira, allí están Renata y Jorge —dijo indicándolos a su pareja—. Lo ha tomado muy en serio.

Roberto hizo un gesto de indiferencia.

—Esta noche nos divertiremos. Ha preparado un gran banquete para el campeón.

Eva se sintió intrigada. Le sorprendía la fe de Renata en Masetto y sintió cierta pena por el dolor que en aquel instante debía estar sufriendo. Dirigió otra vez su mirada al ring, mientras la gente aullaba. El combate seguía sin variación: Masetto seguía retrocediendo, como un niño castigado, recibiendo los secos golpes de Radesio.

—¡Qué raro! —exclamó—. Renata es una señorita distinguida.

—Se ha dejado conquistar por un bruto—dijo Roberto encogéndose de hombros.

—No lo comprendo —sonó el gong y se separaron los dos boxeadores—. ¡Ya ha terminado!

—No —rióse Roberto—. Esto es sólo el primer asalto y son doce.

—¡Ah, la historia es larga!

—comentó Eva, hastiada—. Yo no comprendo nada de boxeo.

—Yo te lo explicaré.

Masetto se sentó fatigadísimo en el taburete, escupió el bocado y escuchó los consejos que le daba su padre mientras le amasaba el estómago:

—Ten calma, ¿eh? Ten cuidado con el estómago.

Para Rómulo el castigo que su hijo había soportado en el primer asalto no representaba nada. Le había cogido en frío y era natural que el muchacho estuviera nervioso, dada la importancia del combate. Ya se repondría y sería el de siempre.

Sonó el gong y Rómulo retiró el taburete, apoyándose en el borde del cuadrilátero.

Radesio repitió su salida anterior: se arrojó como un huracán sobre Masetto. Este, por unos instantes, tuvo atisbos de su clase genial y con un magnífico juego de piernas y disparando la izquierda velozmente, mientras se cubría con la derecha, frenó el ataque, pero pronto fué desbordado. Radesio impuso la media distancia y el cuerpo a cuerpo, y sus puños con la regularidad de una biela o de un émbolo percutían en el estómago de Masetto. El asalto careció de interés, fué muy embarullado, pues Radesio se empuñaba en el cuerpo a cuerpo y Masetto se cogía a sus brazos.

Terminado el segundo asalto,

Masetto volvió vacilante a su rincón. Le dolía terriblemente el estómago y le pitaban los oídos. Se desplomó casi inconsciente en el taburete y como a través de una nube oyó la voz de su padre:

—Tú no le tengas miedo. Aguanta bien las piernas. Rapidez.

Pero Masetto escuchaba semiinconsciente sus consejos. Estaba completamente desmoralizado.

El manager de Radesio no estaba más contento que Rómulo. Verdad era que su pupilo había ganado claramente los dos asaltos anteriores, pero el combate era a doce y a la larga, si no tenía un desenlace rápido, se impondría la juventud de Masetto:

—Acuérdate: al tercer round tumbale, ya no puede más.

Radesio no le respondió. Pensaba que Masetto, a pesar de no ser muy boxeador era rápido, demasiado rápido para él, en algunas ocasiones. Además, empezaba a temer su izquierda.

Entre el público el combate producía el efecto de una droga enloquecedora. Sandro, que asistía apenas a la derrota de su amigo, dijo, dirigiéndose a Jorge:

—¿Has visto qué agresivo está Radesio? Lucha con odio.

Sardella no cabía en su piel de alegría. Se puso en pie y llamó la atención de don Luis y de Capitoste.

—¡Eh! Ya se lo había dicho yo. En el tercer round, ¿qué se apuesta?

Pero el tercer asalto transcurrió con las mismas características de los dos anteriores: asimilando Masetto un enorme castigo y rabiando Radesio al ver que, a pesar de su gran experiencia del ring, no le podía describir por más de la cuenta.

No obstante, esta vez fué Masetto tan maltratado que hasta sus mismos incondicionales convinieron en que no pasarían uno o dos asaltos más, sin que fuera derribado, o que por lo menos el árbitro le declarase en franca inferioridad.

Roberto encendió un cigarrillo y miró con curiosidad a su alrededor. Masetto era asistido por su padre y su ayudante y los gestos de ambos, así como la inmovilidad del muchacho, no auguraban nada bueno.

—Temo que Renata va a tener que acompañarlo al hospital.

Pero su broma no tuvo eco en Eva. Desde el segundo asalto un nuevo sentimiento se había despertado en su ser. No sabía si era en realidad compasión o vergüenza de la derrota de Masetto, pero era algo muy dulce que la sublevaba contra la multitud enloquecida por la sangre y que parecía repercutía en su carne los dolores físicos del púgil. Necesitaba estar a su lado, saliendo de su inercia. Era algo así como el

instinto maternal de la mujer hacia el hombre desvalido.

—Pobre muchacho. Me da pena. ¿Aquél es su padre?—preguntó señalando la corpulenta y humillada figura de Rómulo.

—Sí.

—No tiene corazón. Debía saber que su hijo no estaba en condiciones de combatir con aquel individuo. Es más débil. Hasta yo que no entiendo de esto lo he visto enseguida—sin embargo, algo la retenía en su asiento, acallando su deseo de escapar a la enervante atmósfera.

Renata, viendo que del prestigio de Masetto apenas quedaba un leve rastro, advirtió que su pasión sufría un enfriamiento notable.

—Yo creía otra cosa. Según lo que tú me habías contado...

—Ahora no irás a echarme las culpas a mí—protestó Jorge, malhumorado.

Amalia escuchaba la radiación del combate, que llegaba a sus oídos desde la abierta ventana de Ana, en el balcón de su casa. Oyó los gritos del público y el tañido de la campana anunciando que empezaba el cuarto asalto.

—Estamos en el cuarto round. Radesio sigue llevando la ofensiva. Masetto vuelve a rehacerse y recibe un fuerte directo en el estómago. Uno, dos, esconde el cuerpo, se cubre con los puños. Pero, ¿qué hace

Masetto? Señores oyentes, estamos ante un combate reñidísimo. Hay en el ring un hombre que ataca ferozmente. Radesio continúa en plena forma. A Masetto le sangra la herida del ojo...

Ana, incapaz de soportar más su tormento, cerró el aparato. Amalia experimentaba los mismos sentimientos que ella, pero no tenía la necesaria valentía moral para permanecer esperando, hasta que el regreso de su esposo y de su lujo le hicieran saber lo ocurrido. Necesitaba oír, tener la certeza de que si Masetto sufría no era tan enorme su dolor como el de su corazón lacerado.

—¡Señorita Ana! ¡Señorita Ana! Ponga la radio. Quiero oír. ¡Por favor! Mi Masetto... pronto, por favor, Ana.

Obedeció la muchacha y sólo tuvieron tiempo de oír el final del asalto. Radesio había arrinconado a Masetto, pero toda su ciencia era incapaz para repetir el golpe que había abierto el pómulo, cerca del ojo, a Masetto. Este estaba "groggy" y el desenlace no tardaría mucho. Radesio levantó la derecha con rapidez... pero en aquel instante la campana finalizó el cuarto asalto.

El recibimiento que el campeón tuvo en su rincón no fué muy enardecedor. Su manager le dió aire con la toalla, mientras gruñía:

—A estas horas ya debías haber

terminado. Es la última vez que te lo digo. Eres un idiota... Empiezas a perder las fuerzas.

Rómulo cogió a su hijo entre sus brazos y le depositó en el taburete. Luego le miró el ojo herido y le dijo:

—Me dan ganas de subir yo mismo a pelear... Ya está cansado, ¿no lo ves? ¿Di? ¿Tienes miedo?

Pero su cariño se sobrepuso a su ira y siguió prodigando cuidadosamente sus atenciones a Masetto. Este estaba exangüe, pero aún, si lograra alcanzar la necesaria fuerza moral, lograría salvar el escollo y vencer.

—¡Qué triste espectáculo!—suspiró Eva, ya completamente dominada por la desgracia de Masetto.

—Claro—corroboró Roberto—y ahora ya no habrá banquetes. ¡Qué lástima!

—Y el culpable de todo es el sinvergüenza del padre.

Este buscaba en su cerebro la frase mágica que empujara a Masetto y le obligara a combatir como en pasadas ocasiones. Por fin la halló:

—Atácalo fuerte con el puño izquierdo y tumbalo con el derecho. ¡Es una vergüenza! No pareces hijo mío.

Estas palabras encabritaron a Masetto. Sonó la campana y salió disparado hacia el centro del ring.

Tocó ligeramente los guantes de

Radesio y se puso en guardia. Y esperó a que éste le atacase.

En efecto, cuando éste se precipitó sobre él, movió con la suavidad de un péndulo su pie derecho hacia un lado, al mismo tiempo que disparaba su mano izquierda. La dureza del golpe detuvo a Radesio, que permaneció unos segundos sin moverse. El puño derecho de Masetto conectó con su barbilla y dió unos pasos vacilantes.

El golpe sonó en el silencio sepulcral de la sala como un tiro. Siguióle un grito de alegría. Radesio, perdida la serenidad, se abalanzó contra el muchacho, pero el lugar que ocupara estaba vacío; al buscarle un uno-dos le golpeó la mandíbula e inmediatamente soportó una lluvia de golpes en sus costillas falsas. A la salida Masetto completó su demoledora acción, con un furioso gancho de izquierda que le levantó de puntillas.

Rómulo, con los ojos llenos de lágrimas, jaleaba a su hijo. El público se había puesto en pie y esperaba una reacción de Radesio que no se hizo esperar. Pero un corto directo de derecha, le tumbó por primera vez.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve...

Radesio escuchó la cuenta, de rodillas en el suelo, intentando componer su mundo mental. Masetto esquivó sus puños, pero un tercer gol-

pe le alcanzó en el cuello. Aquello le enfureció, movióse con rapidez, buscando la ocasión propicia y midiendo la distancia. Radesio estaba algo ladeado hacia la izquierda, descubriendo una porción ínfima de su barbilla a través de sus guantes y hacia allí se movió como un rayo la derecha de Masetto...

—Uno, dos tres —la cuenta se hacía infinita para los espectadores. Radesio no se movía del suelo... nueve y ¡diez!

Masetto había triunfado. Ya era campeón de Italia.

Un aluvión de gente se precipitó sobre el muchacho y lo llevó cantando hacia su vestuario.

Los gritos llegaron a Amalia y Ana a través de los espacios. Amalia secó las lágrimas de alegría que brotaban de sus ojos.

—Escuche —dijo, levantando una mano—, todos quieren mucho a mi Masetto.

—¡Sí! —afirmó sencillamente Ana, pero esta misma sencillez dió idea a la madre el alcance del amor de la muchacha para su hijo.

Cuando Rómulo logró hacerse oír de los espectadores y fanáticos y pudo cerrar la puerta, se encaminó hacia Masetto que reposaba en la mesa de masaje, inmóvil, con los ojos sin expresión. Alarmado le agarró de una mano:

—Masetto. ¿Qué te pasa? ¡Yo tengo la culpa

—Papá, he vencido —sonrió fatigadamente—. Hemos vencido.

—Estoy avergonzado. No hacía más que decirte cosas desagradables. Pero no las pensaba, ¿sabes? No quería que perdieases, hijo.

Masetto guardó silencio durante unos momentos, continuando sumido en su extraña postración. Sus manos, todavía vendadas, pendían inertes a sus costados y su pecho se movía rápidamente:

—Me duele el ojo como si quemara. ¿Viene el médico?

Llamaron a la puerta y la abrió Rómulo creyendo que era el galeano. Era Sandro. A la pregunta de Rómulo, respondió:

—Sí, yo sólo. ¿Se encuentra mal?

—Le duele un poco el ojo. ¿El médico, viene o no?

—Está con Radesio.

Entró el médico y examinó con eficiencia la parte herida, mientras le miraban con ansiedad Sandro y Rómulo.

—No es nada grave. Será preciso darle un par de puntos. Es mejor ir al hospital.

—Yo me voy —dijo Sandro más tranquilizado—. Están esperándome ahí fuera.

—No digas nada del hospital —suplicó Rómulo—. El público no debe saberlo.

—No se preocupe. Ya encontré alguna excusa.

CAPITULO IV

Eva Reni

Renata, mientras esperaba en su coche y escuchaba distraída las conversaciones de sus amigos, notaba que el amor había vuelto a renacer en ella. No había duda, puesto que las alabanzas que se prodigaban a Masetto la alegraban. Se creía envidiada.

En otro automóvil, y no muy lejos de Renata, estaba Eva, sumida en sus pensamientos. Naturalmente, el objeto de éstos era Masetto. ¿Quién habría de serlo? Lo sucedido aquella noche había producido en ella una impresión casi sobrenatural, algo semejante a un despertar, recibiendo los párpados cerrados aún, la luz de un sol primaveral. Una sorprendente sensación de desasosiego la colmaba y la mantenía en su mudez. Esperaba anhelante volver a ver a Masetto, esta vez próximo y vivo, y no con la irrealidad que habían producido en ella la distancia y el desagradable combate.

—Ahí está Sandro—dijo Rober-

to, sacándola de su abstracción.

—¿Sólo?—pregunto Renata al recién llegado.

—Masetto no puede venir.

—¿Cómo?—exclamó Renata, viendo derrumbados sus castillos, mientras que sus compañeros repetían su exclamación.

—O, ruego que le perdonéis, pero no puede venir... Le llaman y ya sabéis que en estos casos no se puede rehusar.

Renata y Eva ocultaron su contrariedad. Esta última se dijo que, sin duda, el destino venía en su ayuda para salvarla de su caos sentimental. Bien estaba así; era preferible que el muchacho se viera apartado de ella. Pero, apesar de felicitarse por su ausencia, ésta serviría para aumentar su nostalgia y sus ansias de volver a encontrarle.

Masetto había terminado de vestirse. Rómulo le vigilaba atentamente intentando dar con la causa de su apatía. Masetto necesitaba descansar. La noche había sido pródiga en

sucesos inesperados. Anunció a su hijo que iba a buscar un taxi con el que dirigirse al hospital.

Permaneció el pugil en el vestuario unos minutos y luego salió al pasillo. Su salida coincidió con la de Radesio. Este llevaba levantado el cuello de su abrigo y parecía muy abatido. Respondiendo a un impulso inexplicable, que no pudo contener, le llamó, mientras se aproximaba a él.

—¡Radesio! ¿No me quieres dar la mano?

Radesio le escrutó unos segundos. Una sonrisa apareció en su rostro maltratado y aceptó la diestra de Masetto. Este tenía un nudo en la garganta y su noble corazón juvenil se conmovió. Radesio tenía ya muchos años y jamás lograría arrebatárle el título.

—No debemos ser enemigos. En el ring es otra cosa, pero aquí, entre nosotros, no está bien.

Radesio le apretó amistosamente un brazo. Comprendía lo que pasaba por la mente del muchacho. Su recta conducta, en comparación con la suya, no sólo le alegraba, pero también le avergonzaba.

—Cierto. Es la gente la que nos hace luchar. No creas que yo te guardo rencor.

Rómulo avanzaba rápidamente por el corredor, mirando con sospecha a Radesio. Pero se había equivocado. No tenía que temer nada.

—Vamos, Masetto. Ya tenemos el taxi en la puerta.

El muchacho volvió a ofrecer su mano a Radesio y se miraron fijamente. Se despedían dos generaciones de boxeadores y para el vencido la despedida significaba el fracaso.

—Hasta la vista, Radesio—dijo Masetto con un temblor en la voz.

—Adios Masetto—contestó. Después, con un suspiro en el pecho, contempló como se alejaba el campeón. Y a pesar de su tristeza, le deseó toda suerte de felicidades.

La vigorosa naturaleza de Masetto, auxiliada por unos días de descanso, se repuso rápidamente del desgaste sufrido el día en que alcanzara el campeonato. Cediendo a las instancias de Rómulo y a sus propias ambiciones, volvió a entrenarse con más intensidad que nunca.

Una mañana estaba corriendo, como todos los días, por los solitarios paseos de la villa Borghese. Le faltaba una vuelta más y luego iría a su gimnasio. No estaba fatigado y sus pulmones recibían con gratitud el aire perfumado de la mañana.

Súbitamente, se percató de que un auto le seguía con insistencia. Simuló no advertirlo. Su ocupante tocó el claxon y Masetto se echó a un lado, dejándole paso libre. Pero, en lugar de acelerar, el motor continuó ronroneando a sus espaldas. Molesto por la tenacidad, Masetto

apretó el paso hasta correr rápidamente.

—¡Oiga! ¿Siempre va usted tan deprisa cuando se pasea?

Masetto aminoró un poco su marcha. La voz era femenina, bien timbrada. No pudo resistir la tentación y volvió la cabeza. La perseguidora era Eva, ataviada con un lindo vestido maximal, que le sonreía seductoramente. Masetto se maravilló de no experimentar la irritación que en él surgía siempre que se encontraba con una mujer. Es más, dijo:

—No me paseo. Me entreno.

Se hubiera mordido la lengua. Ahora la conversación era inevitable. Para huirla la aceleró de nuevo su carrera.

Eva contempló el suave movimiento de sus piernas. Pisó el acelerador, poco dispuesta a dejarle escapar tras los días pasados queriendo dominar sus deseos de relacionarse con él.

—Lo sé —le ofreció la mano, parando el motor— Eva Reni, una amiga de Sandro.

Masetto respondió a la presentación de mala gana y también se detuvo contrariado. Murmuró el nombre de su amigo mirándola fijamente. Eva no desconocía que su presencia le molestaba, y lo inusitado de la reacción del muchacho, pues estaba acostumbrada al rendimiento de los hombres ante su belleza, desper-

tó su timidez. Siguió hablando muy deprisa para ocultarla.

—Fué él quien me dijo: Masetto se entrena todas las mañanas en la villa Borghese y... aquí estoy —Su ingenuidad no produjo el efecto deseado. Masetto la miraba con desconfianza. Eva agregó:— Y Renata, ¿no viene nunca a acompañarle?

—No.

—¿La ve usted con frecuencia?

El hielo estaba roto. La hosquedad de Masetto no era un conjuro bastante fuerte para resistir la seducción de Eva.

—Anteayer hicimos una excursión juntos; vinieron Sandro y Jorge. Eva sintió el mordisco de los celos. Renata no perdía el tiempo. Se rehizo rápidamente, dominando su envidia. No entendía su estado de ánimo. No había razón para él, pues Masetto no demostraba ningún entusiasmo al mencionar a su amiga. Hablaron sobre algunas cosas más, sobre todo de la tenacidad de Renata respecto a Masetto y éste dijo con un aire infantil y desmañado, que hizo gracia a Eva:

—Me ha invitado a que vaya a su casa, pero yo no he querido ir...

—¡Ah! ¡Qué descortés!

—Yo, cuando me entreno, no voy ni a ver a los amigos.

—Muy bien —Masetto para Eva era presa fácil—. Ya le ví en el

ring, en su último combate con Radesio.

Masetto calló unos momentos, sorprendido. Eva no tenía aspecto de ser una muchacha deportiva. ¿Por qué razones había ido a hacerse la encontradiza con él? Masetto se puso sobre guardia.

—¿Le gusta el boxeo?

Recibió una contestación afirmativa, a la que se añadió la confesión de que deseaba conocer los secretos del pugilismo. Masetto suspiró aliviado. Todo estaba claro. Eva, sin duda, deseaba conocer y entender lo que el boxeo encierra, para poder asistir a los combates y maravillarse a sus amigos.

Eva le invitó a subir en su automóvil, puesto que había terminado su entrenamiento. Masetto se azoró. Al final del camino le esperaban Pistoleta y su amigo, guardándole la ropa. Su padre se enteraría enseguida de su aventura y los reproches lloverían sobre él. Dudó. Eva repitió su invitación. En resumidas cuentas, se dijo Masetto ¿qué le importaba a su padre que le llevaran a casa en coche? No había ningún mal en ello, pues que ya había concluido su entreno diario. Accedió, subió al coche y pronto estuvo con los muchachitos.

—Adios, muchachos. Nos veremos mañana—dijo terminando de ponerse sus ropas.

Los chiquillos hicieron un gesto

de despedida y contemplaron con desagrado como se alejaba. Pistoleta dedujo que Masetto estaba perdido; No es bueno que un boxeador se relacione con señoras, y menos con una tan elegante como Eva.

En casa de Rómulo la comida estaba preparada y mientras esperaban la llegada de su hijo, Capitoste encendió una trifulca al preguntar y obtener detalles del riguroso entreno de Masetto.

—Acabará poniéndose enfermo mi pobre hijo—dijo Amalia.

Rómulo se encaró furioso con ella. Con su debilidad iba a echar a perder a Masetto. Menos mal que él no les dejaba conversar, sino todo estaría perdido.

—Tú siempre metiéndote en cosas que no te importan—gruñó—. Nadie sabe lo que cuesta conquistar un título. Masetto debe llevar su nombre al extranjero. Hoy es ya campeón de Italia; tiene que llegar a ser campeón de Europa. La vida del boxeador es breve y hay que aprovechar las buenas ocasiones.

—Exacto—afirmó Capitoste para spaciguarle.

Masetto estaba aprovechando una buena ocasión, la única que su espartana vida de pugilista, por un momento de abandono y de traición a sí mismo, le había ofrecido. No se arrepentía. Su alma estaba ávida de cariño y de confianza, que ni su padre le podía brindar, dado su rudo

carácter, ni su madre se atrevía a dedicarle por temor a su esposo. No le fué difícil a Eva conseguir su permiso para acompañarla a su casa y Masetto recorría maravillado con los ojos su lujosa mansión.

La doncella de Eva le comunicó un sinnúmero de llamadas telefónicas, echando miradas de soslayo a la nueva conquista de su señora. Estaba asombrada de quien era la actual víctima. Un muchacho joven y boxeador al parecer. Su cara no le era desconocida.

Masetto, maravillado por lo ocupada que es la vida de una mujer de la buena sociedad, no advirtió el guiño cambiado entre la doncella y su nueva amiga.

—Han telefonado de Milán, pero he dicho que la señora no estaba en casa.

Se repitió el guiño y Eva le recomendó silencio. La doncella empezaba a compadecer a Masetto.

—Está bien, está bien —aprobó Eva y volviéndose a Masetto preguntó—: ¿Quiere un cocktail?

—No sé... yo no bebo—explicó vacilante.

—Se lo prepararé yo misma, muy suave... Los hago muy bien; verá.

Masetto no protestó más y se sentó. Poco más tarde tenía una copa entre los dedos y, por primera vez desde hacía años, bebía, mientras charlaba interesado con su anfitriona. El alcohol obraba unos

efectos maravillosos. Jamás se había sentido tan contento y sociable. Atisbaba lo maravillosa que podía ser la vida fuera del ring.

—Masetto, ¿no se quiere quedar a comer?

—No, gracias, no puedo; me esperan en casa.

Y le siguieron esperando hasta que Rómulo, acallando los temores de su mujer, que opinaba que algo malo le había ocurrido a su hijo para que faltase a la comida, ordenó que la sirviera.

Masetto concluyó la comida en casa de Eva y pasaron a un saloncito en donde reanudaron su charla incessante. Eva pensó en la desesperación de Renata si conociera que ella había adelantado más en un día que su amiga durante meses. Miró a Masetto. Valía la pena como hombre, mientras no se ahondase en otros terrenos. Su concepción de la vida era extremadamente infantil y él, en el fondo, solamente era un chiquillo fuerte y grande. Renata no sabía que para enamorar, aunque se estuviera enamorado, es imprescindible no perder jamás la sangre fría. En dos enamorados uno ama y otro se deja amar, que era ni más ni menos lo que le había sucedido a Renata. Ella, Eva, siempre que se enamorara, lo que no le sorprendería en el caso de Masetto, lo ocultaría. Además, comprendía que el amor con el púgil no significaría nada de-

finitivo en su existencia —lujo, comodidades, elegancia—, salvando el lustre que le pudiera dar su fama.

Sonó el timbre del teléfono y Eva habló, después de pedir permiso al muchacho:

—Dígame. ¡Ah! ¿Eres tú? ¿Cómo estás? ¿El príncipe? —Eva rióse, mirando de soslayo a Masetto—. Magnífico. No te falta imaginación.

—Voy a ver si puedo conquistar así a mi atleta—dijo Renata en el otro extremo de la línea—. A la sombra de los sauces, cruzando en barca la ría.

—Sí, el sitio es sugestivo... ¿que no conozco el castillo? No, pero lo describes tan bien que me parece estar viéndolo—aclaró sin dejar de reírse.

—¿Te ríes? Tienes razón, pero qué quieres, es que ni puedo dormir. ¿Es ridículo? Pues bien, así es: un capricho. Tú no puedes comprenderlo.

—Sí. Te comprendo muy bien —dijo Eva mirando a Masetto que se paseaba por la estancia—. Son cosas que ocurren así, cuando uno menos lo espera.

—Ven tú también —invitó agradecida Renata—. Te divertirás. El príncipe es muy amable. Estarán Sandro, Jorge y Milly...

Eva no rehusó la invitación. No entraba en su carácter desaprovechar las oportunidades de humillar a alguna amiga suya, satisfaciendo su orgullo malentendido.

—¿Qué quería?—preguntó Masetto, dejando de pasear.

—Mañana por la mañana irá a buscarle con Jorge, para ir al castillo del príncipe Righi. Pasará usted un día muy divertido.

—Yo no pienso ir.

—Iré yo también—aseguró Eva.

Al oír estas palabras, Masetto no protestó más. Iría.



—¡No me pidas más, salí, gritó Rómulo pero arrepintiéndose inmediatamente, lanzó una mirada compasiva a la joven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas.



Cuando aquella tarde entraron en el barco era el centro de reunión de todos los deportistas, Masetta llevaba la faz inescrutable y amenazadora a la par.



Eva vaciló, estaba perdido, irremisiblemente perdida, a merced de la jugarrera preparada por el destino. Desconocía que cuando un hombre de]a clase de Masetto...



Rómulo recobraba su felicidad tras del calvario anterior. Pasó su mano en el hombro de la joven y le sonrió gloriosamente. Estaba decidido...

CAPITULO V

El campeón no se entrena

El príncipe Righi y su mayordomo, ambos achacosos y tundidos por la gota, esperaban a sus invitados en la soberbia entrada de su castillo. El príncipe suspiraba recordando tiempos preteritos en lo que era capaz de correr por entre los bosques que rodeaban a su propiedad.

—En presente, Antonio, que hoy debemos olvidarnos de nuestros años.

—Excelencia, haré todo lo que me sea posible.

Resonaron en el parque las bocinas de los primeros coches de los deportistas. El leve vientecillo matinal llevaba a los oídos del príncipe y de su mayordomo los cantos de sus invitados. Ambos suspiraron. El príncipe se apoyó en su bastón y bajó unos escalones.

—Estos muchachos no deben notar que somos viejos. Hay que disimularlo. Con que ya lo sabe.

Hiizo un esfuerzo y avanzó gallardamente hacia los jóvenes, que saltaban en tropel de los vehículos.

Donde antes sólo hubiera paz, ahora había un pandemonium de gritos y de llamadas. Las presentaciones fueron muy breves y los jóvenes corrieron a desnudarse.

La ría, los campos de deportes, el secular bosque, se estremecían con el ímpetu de aquella juventud fuerte y sana. Así transcurrió el día entre cantos y proezas físicas.

Renata buscó inútilmente a Masetto; éste había desaparecido con misterio y Eva con él. Fueron vanos los consuelos que le prodigó Jorge. No era tan necia como para desconocer que su amiga había ganado la partida. Despechada, abandonó el castillo.



—¡Rómulo! Ya está la sopa —gritó Amalia desde la trastienda.

Rómulo depositó el paquete de sal sobre el mostrador y estudió el rostro de Ana. Era patente que esperaba ver a Masetto. Se apresuró a explicarle la causa de su ausencia.

—Hoy comemos solos. Masetto no está. Ha ido de excursión no sé dónde... con Sandro. Sí, sí, con Sandro. ¿Qué te figuras?

Ana ocultó su desilusión como pudo, pero Rómulo, cogiéndola de la barbilla, le obligó a levantar la cara. Su pregunta más se debía a su deseo de engañarse a sí mismo que al de aliviar a la muchacha. La tristeza sorprendida en los azules ojos de Ana tenía eco en su corazón, que barruntaba algo malo para el futuro.

—Yo... nada—respondió la joven librándose de su mano.

—¿Sabes, Ana?—siguió Rómulo dando suelta a sus planes—. Me gustaría que Masetto empezara a pensar un poco... Porque tengo un proyecto y cuando a mí se me mete una cosa en la cabeza... Quería que fuese campeón de Italia, lo es... Campeón de Europa, lo será y, después...

Rómulo, apurado, tragó saliva. Ana le entendía perfectamente y su corazón apresuró su ritmo. Anhelante, escuchó el final de la confesión:

—...Me gustaría mucho... ¿me entiendes?

Ana hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Sin embargo, a pesar de la esperanza que en su corazón aparecía, temía que Masetto no fuera del mismo parecer que Rómulo.

—¡Rómulo, que se enfría la sopa!

El padre de Masetto agitó contrariado su mano.

—Lo peor que le puede ocurrir a un hombre es enamorarse—comentó, risueño, señalando a las habitaciones interiores.

—Que aproveche—dijo Ana, marchándose.

Rómulo se despidió de Ana y meditando se sentó a la mesa. Miró, sin ver, el plato humeante y jugueteó con la cuchara. Reparó que su esposa estaba en una disposición espiritual semejante a la suya.

—¿Qué haces? ¿No comes?—dijo con alegría forzada—. Estaba hablando con Ana.

—¡Ah! ¿Estaba Ana ahí?

Rómulo tomó una cucharada y se detuvo de nuevo.

—¡Qué buena chica es y además tan bonita!... Si yo fuese Masetto me casaría con ella—soltó la cuchara y se acodó en la mesa—. Es raro... es la primera vez que pasamos un día sin Masetto.

—No, es la segunda vez. Cuando le invitaron los de la Sociedad Deportiva de Roma y tú no fuiste.

Rómulo la consideró asombrada. Había terrenos en los que era innegable que no podía competir con Amalia. Sin duda por eso la quería tanto.

—Sí, yo no fui... hace tres años. ¡Caracoles, qué memoria tienes!

Masetto y Eva, al regresar de su excursión al castillo, se dirigieron a

casa de esta última. Ambos se sentían ligados por una invisible cadena que hacía muy dura la separación aunque al día siguiente tuvieran que encontrarse de nuevo. El amor había estallado en sus almas, súbito, inesperado, con una fuerza avasalladora Masetto se entregaba a él con todas sus potencias, de la misma suerte que combatía. Eva, más acostumbrada a él y más sensata, se complacía en alimentarlo con reticencias y dilaciones, aunque su sangre fría no era tanta como para desear huirlo.

—Señora, señora—dijo la doncella, entrando inesperadamente y cortando la conversación de los dos jóvenes.

—¿Qué quieres?

—Llaman al teléfono, de Milán.

Eva hizo un ademán de impaciencia, Masetto recordó que aquella era la segunda vez que la llamada de Milán les interrumpía y advirtió la contrariedad de Eva y la conversación subsiguiente le indicó que en aquellas llamadas había un secreto que Eva trataba de ocultarle.

—¿Qué has contestado?

—Tuve que decir que estaba usted en casa—excusóse la doncella.

Eva se puso en pie con un suspiro y se dirigió al aparato de mala gana.

—Perdone un momento—suplicó a Masetto que no apartaba sus ojos de ella.

Turbada por sus miradas, cogió el aparato y su tono cambió, de enfurruñado en alegre, al oír la voz que contestaba, aunque su alegría era forzada.

—Diga. Sí, estaba durmiendo. No, nada grave. ¿Te marchas? ¿A Londres? ¿Cómo? ¿Contenta? No. Me alegro que te vayas a hacer buenos negocios—colgó el aparato.

Sorprendió a Masetto mirándola con fijeza. Había dado un paso en falso. Se sentó a su lado y le cogió una mano, maldiciendo la llamada que había estado a punto de estropear la aventura.

—La quiero mucho—Masetto arqueó las cejas—. Mi tía se estaría hablando horas enteras. Está sola en Milán para un asunto de familia y no hace más que telefonearme.

El pretexto tuvo éxito y la tirantez de las facciones del muchacho desapareció. No obstante, en el fondo de su alma había quedado un poso de duda que ya no desaparecería.

Era medianoche. Rómulo probaba en vano fijar su atención en el periódico deportivo que tenía delante. El silencio de la noche hacía más angustiosa su espera. Estaba muy preocupado. Había mandado a dormir a Amalia para que no advirtiese su angustia y para no tener que simular tranquilidad cuando en realidad estaba completamente des-

orientado e inerte por el problema de qué le habría ocurrido a Masetto.

Oyó unos pasos apagados y levantó la vista de las páginas. Era Amalia que no podía sosegar en la cama y se había levantado. Su rostro estaba pálido y demudado por la intranquilidad.

—¡Vete a dormir! ¿Qué haces ahí levantada?

—¿Pero qué le habrá ocurrido?

Rómulo se puso en pie y se paseó malhumorado.

—¿Qué quieres que le haya ocurrido? —dijo deteniéndose ante ella—. Además, debemos acostumbrarnos; creemos que Masetto sigue siendo un niño.

—Pero esto no lo ha hecho nunca... estar fuera todo el día y la noche.

Rómulo se metió las manos en el bolsillo y miró por el balcón. La calle estaba desierta. Se encaró con su esposa. Su malhumor crecía al comprobar que experimentaba idéntico malestar que Amalia.

—Pues ahora empieza a hacerlo; tiene derecho, ya lo sabes —gruñó—. Unicamente debía habernos avisado... puede que... haya ido con Sandro. Esta es la primera vez que tenemos que esperarle; nos acostumbraremos. Y no pienses nada malo, porque no le ha ocurrido nada y, cuando vuelva, chitón, ¿eh? No le hagas preguntas.

Un silbido llegó al balcón desde la calle. Rómulo se inclinó apresuradamente y vió a Masetto.

—Te echaré la llave —regresó a la habitación y dijo a Amalia—. Dame la llave, date prisa. ¿Dónde la has puesto?

Los dos padres impacientes no supieron encontrar la llave hasta pasado un rato. Rómulo la cogió y avanzó hacia el balcón.

—Tú vete, acuéstate.

Obedeció Amalia y Rómulo arrojó la llave, que rebotó en la acera. Después esperó en la puerta la entrada de Masetto, que parecía cohibido. A Rómulo le pareció esto buena señal, aunque no era conveniente que se habituase, a pesar de lo dicho anteriormente, a salir por la noche. La vida nocturna no está hecha para un campeón.

—¿Te hice esperar?

—No... estaba leyendo el periódico—dijo con dificultad Rómulo, levantando el mostrador para que pasara.

—¿Y mamá?

—Duerme hace un buen rato—le acompañó hasta la puerta de su alcoba—. ¿Has estado con Sandro?

Masetto apoyó la mano en el pomo de la puerta y mintió con facilidad, pero mirando hacia otro sitio, pues temía que su padre advirtiera el engaño en sus ojos.

—Sí.

—Muy bien. ¿Estás cansado? Ve a acostarte.

—Buenas noches, papá.

De esta manera comenzó un nuevo período de la existencia de Masetto. Su amor le ligaba con lazos tan fuertes a Eva, que, dando olvido a los consejos de su padre y a toda su existencia anterior, descuidaba, no sólo sus entrenamientos, pero incluso la vida familiar que antaño fuera su único aliciente.

Pocos reconocían en el Masetto actual al Masetto de otros tiempos. Ya no tenía aquella atlética esbeltez característica de los que viven entregados al deporte, sino que el abandono de éste iba acumulando grasas sobre sus músculos redondeando su demacrado rostro. Por si esto fuera poco, se había elegantizado, gastándose el capitalito ahorrado cuidadosamente.

Acudía, inducido por Eva, que, cegada por su pasión, no se percataba de la curiosidad pública, a todos los lugares propios de una clase social más elevada que la suya. Como decía Sandro, impotente para hacerle recapacitar, su metamorfosis no auguraba nada bueno.

Masetto se convenció de que tenía razón, aunque no quisiera aceptar la revelación, su amigo. Cierta día encontró en el Hipódromo, después de ir a cobrar unas apuestas, a Eva hablando con su antiguo amigo Roberto. Roberto le desagradaba

porque significaba, tanto el símbolo de su pasado como el de Eva.

Para ésta el encuentro fué como un rayo de luz en la oscuridad. Comprendió, al ver acercarse a Roberto, que echaba mucho de menos su existencia pretérita. Así, pues, le acogió con una alegría que en vano intentaba dominar.

Se saludaron como dos buenos amigos que hace mucho tiempo que no se han visto y a continuación Roberto hizo la inevitable, y casi temida, pregunta:

—¿Y él...? —comprendiendo el gesto de Eva, siguió diciendo—. Entonces, va en serio.

—Más de lo que yo misma me imaginaba.

—Es curioso. Parece mentira, Eva, tú enamorada de un boxeador.

—Lo de boxeador no tiene importancia, al menos para mí; lo quiero por sus condiciones personales—pero su voz le sonaba a falso.

Llegó Masetto y ambos hombres se miraron con una hostilidad que no pasó inadvertida a Eva. Para evitar la oculta amenaza, les presentó y los dos hombres se saludaron en silencio. Roberto, comprendiendo su molestia, se dispuso a alejarse.

—¿Te quedas en Roma?

—No; voy a Cortina—anunció Eva.

—Entonces nos veremos. Iré allá

por el mes de diciembre. Tomaré parte en las carreras de "bob".

—Me alegraré de verte.

Marchóse Roberto, tras otra inclinación y la pareja permaneció silenciosa. La nube interpuesta entre los dos aumentaba. Eva sabía que Masetto estaba celoso de su pasado y le irritaba la idea. Sus anhelos de independencia comenzaban a triunfar.

Rómulo estaba en el gimnasio y como no podía permanecer inactivo cuando tenía unos guantes a la vista, enseñaba unos golpes al fiel Pistoleta. Apareció Capitoste y le lanzó una mirada interrogadora.

—No, él tiene otras preocupacio-

nes; ya no se entrena —dijo con amargura Rómulo—. Todo el día fuera... por la noche no se sabe a qué hora vuelve. A mí no me deja dormir. Por la mañana se levanta tarde, se lava, se viste y se va. Y no te digo cómo trata a su pobre madre. No piensa en nada y se está gastando el poco dinero que había ahorrado. ¡Bah! No sé cómo acabará esto.

Sin hacer caso a las justificaciones que, por consuelo, Capitoste le ofrecía, tendió los guantes hacia Pistoleta y dijo:

—Anda, da. Uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno, dos, uno, dos, tres. Otra vez, ¡fuerte!

CAPITULO VI

La ruptura

Todas las cosas tienen su fin o bien dan fruto en esta vida. Las dos cosas se pueden aplicar a la paciencia de Rómulo. Se terminó su buena voluntad de querer cerrar los ojos ante el proceder de su hijo y el fruto que obtuvo, tras de una noche pasada en un desolador desve-

lo, fué la decisión de acabar cuanto antes con la violenta situación y hacerle volver por el buen camino.

Amelia sospechó, por el fatigado aspecto y por la luz que brillaba en los ojos de su esposo, la gravedad que las relaciones de padre e hijo habían alcanzado. Según su criterio,

basado en muchos años de experiencia, optó por disimular. Posiblemente podía ser una aprensión suya o que la inquebrantable salud de Rómulo cediera a los embates de los años.

Desayunaron en silencio, únicamente interrumpido por las palabras necesarias para alcanzar la mantequilla o la taza de café. Rómulo, terminado el refrigerio, arrojó con determinación la servilleta contra la mesa y se puso en pie. Su esposa imitó su movimiento maquinalmente y ambos quedaron estudiándose.

Amalia quiso preguntar a su esposo la causa de su mudéz, pero éste no le dió tiempo. Con un brusco ademán acalló las frases que iban a brotar por la boca de su mujer y dió unos pasos, pensativo, por el comedor.

Por fin rompió a hablar.

—Amalia, vete a abrir la tienda, yo me quedo aquí —señaló en dirección del dormitorio de Masetto—. Tengo que hablarle.

El tono en que fueron dichas estas palabras despertó el temor de Amalia. Acaso fuera preferible, quizás fuera ella la más indicada para entenderse con su hijo.

Dos naturalezas tan semejantes y al unísono tan dispares como la de Masetto y Rómulo tenían que chocar. Si Rómulo era testarudo, Masetto no le iba a la zaga.

—Procura tener calma, Rómulo,

Esbozó éste un ademán tranquilizador, tan grande era su confianza en su influencia y en su poder persuasivo.

—Vete, vete, ya sé yo lo que tengo que decirle.

Su mujer se encogió de hombros resignada y Rómulo se alejó de su lado. Golpeó con los nudillos la puerta de la alcoba de Masetto y, sin aguardar la contestación de éste, penetró en la estancia. El breve tránsito desde el comedor al dormitorio, sirvió a Rómulo de lentivo. Por tanto, simuló no percatarse de los últimos toques que su hijo estaba dando a su atavío, incongruente con las horas de entreno.

—¿Qué? —exclamó con acento animado—. ¿Vamos a entrenarnos esta mañana?

Masetto no apartó sus pupilas del espejo que reflejaba su imagen. Arreglóse el nudo de la corbata. La verdad era que no osaba reparar en su padre.

—Yo... no voy a entrenarme.

—Bromeas, ¿verdad? —replicó Rómulo, con el corazón en la boca.

Masetto no respondió a esta última pregunta. Se puso la americana. Su pasión le cegaba, alentando en él una frialdad inexplicable. ¡Los padres a veces son tan fatigosos con sus consejos...!

—¡Masetto! —gritó Rómulo, haciéndole girar con violencia—. Que te está hablando tu padre.

—No, no bromeo —afirmó ceñudo—. Precisamente quería decirte que esta tarde me voy. Estaré fuera unos quince días.

Como un volcán que ha estado mucho tiempo conteniendo su erupción y súbitamente explota, así brotó la ira de Rómulo. La sangre afluyó a su cabeza y ya no supo lo que decía. Entre padre e hijo se iba a abrir una honda sima.

—Te marchas con esa rubia, ¿eh? ¡Y estropeas tu carrera!

Había algo tan ofensivo y ominoso en su acento que Masetto, al fin y al cabo astilla de aquel tronco, se volvió como si le hubiera picado una víbora. Se le agarrotaron los dedos y todos los agravios, reales o imaginarios, hasta entonces soportados, especialmente la dura obediencia a que le tenía sometido Rómulo en aras de una ambición egoísta, se le agolparon en la mente. Sin saber por qué, agradeció al destino la oportunidad que le deparaba para que rompiera el férreo yugo que le domeñaba. Por otra parte, el nombre de Eva en aquella ocasión venía a ser una blasfemia que anhelaba cubrirla de lodo. Si hubiera sido capaz de meditar, acaso se percatara de que tal sospecha no se debía a otra cosa que a su voluntad y su fe, que empezaban a agonizar.

—Te dejo hablar porque no sa-

bes lo que dices... y porque eres viejo.

Más tarde se felicitó de haber contenido un ademán amenazador. Rómulo sintió que el asombro le había apresado entre sus minúsculas redecillas y su impotencia para contenerle era manifiesta.

Padre e hijo se midieron con los ojos unos segundos, rezumantes de expectación. Ninguno de los dos —eran demasiado orgullosos para ello— tendió la ramita de olivo. Masetto cogió su sombrero; fué hacia la puerta y antes de cerrarla de un portazo, aseguró, con voz que tenía algo del llanto de un niño desamparado:

—¡Y ya no volveré más a esta casa!



La casa de los Tonelli no era la misma desde que Masetto la abandonara. Rómulo, el alegre, brusco y agresivo jefe de ella, se había transformado de una manera inverosímil. Permanecía silencioso horas enteras, sin que su tonante voz hiciera estremecer las paredes. Amalia había envejecido rápidamente y efectuaba sus menesteres caseros silenciosa y con lágrimas en los ojos. Por si su agobio no fuera poco, Rómulo descuidaba la tienda que les producía el cotidiano sustento y ella se veía precisada a reparar su desidia.

Pronto notaron sus clientes la ausencia del campeón. Amalia, más entregada a sus sombríos pensamientos que a atenderles, les daba noticia de su preocupación, cometiendo error tras error. Al problema de Masetto se había sumado el de Rómulo. Alababa al Señor por haberle concedido la autoridad suficiente para inducirle a buscar una distracción.

Los resultados de esto fueron desastrosos. Rómulo, a requerimientos, como hemos dicho, de su esposa, fuése al estadio a presenciar los campeonatos de atletismo. Inconscientemente, al contemplar las proezas de los campeones, surgió el recuerdo de Masetto. Luchaba por borrarlo de sí, pero un hombre sentado a su lado, le propinó un codazo y se removió muy satisfecho en su asiento.

—¿Ve usted? —señaló con un índice tembloroso de excitación—. ¿Ve usted aquel muchacho de la primera fila?

—¿Pero cuál?—contestó de ma-

la gana Rómulo, siguiendo la dirección indicada con la mirada.

—Aquel alto... allí, aquel moreno.

—¡Ah! —exclamó con sequedad—. Es que hay muchos morenos.

—Aquel... Espere... uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, el séptimo, ¡el séptimo!

—El séptimo —repitió Rómulo, sin saber a dónde quería ir a parar—. ¿Y bien?

—Aquel... es mi hijo—dijo con voz empañada.

Para Rómulo aquello fué como mentar la soga en casa del ahorcado. Atenazó los brazos de su asiento entre sus robustos dedos y apretó hasta que los pulpejos le dolieron. Sí, era su hijo, podía estar orgulloso como padre y como deportista. El... había tenido uno, el más robusto y diestro que existiera; pero ya no era ni campeón y a duras penas se atrevía a darle el amado título.

CAPITULO VII

Desilusión

Si el alma de Rómulo estaba sufriendo un terrible calvario en Roma, doble se podía decir que era el que Masetto experimentaba en las pistas invernales de los Alpes italianos. Por otra parte, estaba más que arrepentido de su anterior conducta con su padre; por otra, el paraíso que soñara para Eva y para sí se estaba deshaciendo igual que se escapa entre los dedos el agua que deseamos apresar. El había ansiado la soledad para saborear plácidamente su idilio y se encontraba con que la realidad era muy distinta: a todas horas tenía que presenciar partidos, competiciones, estrechar manos, sonreír a gentes desconocidas y, por si esto fuera poco, escuchar los aplausos entusiastas que el público tributaba a los héroes de los campeonatos.

Eva había vuelto a su antiguo centro. Se veía colmada de galansterías, se veía cortejada, asediada, y, sin saberlo, levantaba un muro que se interpondría implacable en-

tre ella y el reservado Masetto, nacido para una vida más sencilla y sosegada.

Cuando aquella tarde entraron en el bar, que era el lugar de reunión de los deportistas, Roberto se apartó del grupo de muchachos, los campeones de aquella temporada en la prueba del "bob" y se acercó a la pareja, simulando no advertir el gesto de contrariedad con que Masetto soltó el brazo de la joven. Una vez junto a ellos, se volvió al equipo de "bob" y exclamó:

—Y ahora otro premio, Eva Reni, la buena estrella de todos los deportistas; su sonrisa les trae buena suerte.

Los jóvenes acudieron y la rodearon, contemplándola admirativamente. Eva les sonrió halagada y uno de ellos dijo a los demás, indicando su sonrisa:

—¡Ah, por eso hemos ganado!

—No lo creo —replicó Eva, mientras Masetto quedaba un poco aparte de la alegría general—. No

han conseguido la victoria por la suerte de mi sonrisa, sino gracias a su valor.

—Entonces, mañana...

Roberto sorprendió a Masetto mordiendo los labios. En un pugilista eso siempre es peligroso y acudió a reparar su descuido.

—¡Ah! Me olvidaba, Masetto Tonelli.

Masetto pensó que Roberto algún día acabaría mal. No sólo le insultaba con un olvido meditado, sino que llegaba su atrevimiento a presentarle en el momento más inoportuno y desventajoso para él.

—¿Tonelli? ¡El campeón de Italia del peso medio!—exclamó un joven, mirándole con curiosidad.

—¿Cuándo luchará para el título de campeón de Europa?—indagó otro.

El rubor se apoderó del muchacho. Le hablaban como a un igual, cuando, en verdad, no merecía ni una sola palabra de sus labios, por haber sido traidor a su ideal.

—No lo sé... —balbuceó cohibido—, aún no lo he decidido.

—Hay que seguir en la brecha. Los deportistas no deben perder el tiempo—dijo el que le había preguntado, notando su reparo.

—Tiene razón... ahora vamos a beber—apuntó otro, apoderándose de Masetto.

—Sí, vamos.

Un hábito de alegría, una fuerza

desconocida, que le llenó de nostalgia, se apoderó de él una vez estuvo frente al bar.

—A mí me gusta el boxeo—dijo un deportista gigasteco.

—¡Serías un buen peso medio!—gritó otro, dándole una palmada en el hombro que sonó como un pistoletazo.

Roberto y Eva, así que se alejaron los jóvenes con Masetto, los contemplaron un instante. Roberto se puso a verter el veneno de la discordia en los oídos de la muchacha.

—Parece demasiado brusco, Masetto.

—Sí, pero es tan bueno—contestó con lealtad Eva.

Sin embargo, cuando la compasión se mezcla al amor, quiere decir que este último empieza a declinar.

—¿Sí? Picata que pertenece a otro mundo distinto del nuestro—enarcó una ceja con burla—. ¿Quién lo hubiera dicho? Eva enamorada románticamente.

La pulla surtió efecto. Tenía a Roberto por un buen amigo y empezaba a comprender que la razón hablaba por su boca. La ironía de Roberto le servía de estimulante para ceder a sus impulsos contenidos. No obstante, por pudor espiritual, no quiso hacer concesiones.

—¿Qué quieres que te diga?

—¡Bah, nada!—contestó displicente su interlocutor para adoptar a

continuación un acento insistente—. Eva, ¿por qué no piensas un poco en tí, en tu porvenir? Rosano está enamorado de tí; me consta que quiere casarse contigo. Y ya me entiendes... si llegase a saberlo...

Y con astucia dejó su última frase por terminar: "Rosano... —se dijo Eva— ¡parecían haber volado los siglos desde que Masetto ocupara su lugar en su corazón!". Rosano era un mundo, tal vez el suyo; Masetto, lo opuesto, lo que tenía el perfume fatigado de la existencia monótona. Un estremecimiento le corrió por la espalda. No claudicaría así como así; era conveniente, sin embargo, cubrir estratégicamente su probable retirada.

—No me digas nada, Roberto... lo comprendo, pero soy tan feliz ahora.

Pero su sonrisa era forzada cuando, cediendo a las llamadas de los deportistas, se reunió con ellos en el bar. Se sorprendió al percibir el destello de dicha que brotaba de los ojos de Masetto.

En Roma, las cosas seguían el mismo ritmo. Muy otro hubiera sido de saber Rómulo cómo el destino laboraba en su favor. Ana, tan ajena como él de los sucesos futuros, estudiaba su cara con temor antes de dirigirle la palabra.

—Señor Rómulo...

—No me pidas sal, ¿eh? —explotó el entrenador-tendero—. Ya

sé que vienes a ver si sabemos algo de Masetto. ¡Pues no sabemos nada, nada!

El sollozo contenido con que acabó sus palabras conmovió a Ana. No obstante, la réplica había sido bastante dura para que su exquisita sensibilidad la pudiera soportar impasible. Rómulo se arrepintió inmediatamente de su brusquedad y la llamó, cuando ya pisaba la calle.

—¡Ana! —dijo suplicante—. No te vayas... Perdóname. No sé lo que digo.

—Señor Rómulo, ¿sufre usted mucho?

—¿Yo? No—contestó, pero hasta él mismo advirtió que no engañaría a nadie.

Masetto había llegado al límite de su resistencia moral. Su vocación por el pugilismo le reclamaba con ardor su presencia en el cuadrilátero; el trato con los deportistas había sacado de la imaginada atmósfera de su pasión, volviéndole a la vida práctica. Naturalmente, llegó un día en que no logró resistir sus anhelos y explicó sus planes a Eva.

Esto tuvo lugar al regresar de una prolongada excursión, cuando ambos jóvenes penetraron en el cuarto de Eva, minutos antes de prepararse para la cena. Eva se desplomó en una butaca y Masetto la contempló en silencio.

—¡Ah, al fin llegamos! —suspiró la joven agradecida—. Puede

que sea sano andar mucho, pero... ¡qué cansada estoy! ¡No puedo más! —miró sorprendida al púgil, que no la contestaba—. Masetto, ¿qué tienes? ¿Estás cansado tú también?

Estas palabras le determinaron. Avanzó unos pasos y exclamó:

—Sí, estoy cansado de verte aquí entre tanta gente. Roberto parece que lo hace a propósito: cada día una presentación —se arrodilló a sus pies y le cogió una mano—. Eva, vámonos de aquí... ¡Vámonos!

—Precisamente de esto te quería hablar —le acarició los cabellos—. Tienes que ser razonable. Ya lo sabes... Mi tía está enferma y mañana me voy a Milán.

Masetto en cierto modo sintió consuelo al escucharla.

—Yo iré contigo.

Eva se alarmó y en su contrariedad no comprendió que el joven pugnaba por conservar su último resto de fe y de amor por ella. Apartóse ligeramente de él, y después, se puso en pie.

—No, no es posible, ya te lo he dicho; tú te marcharás a Roma.

—No te dejaré. No me quites la alegría de pasar estos días contigo.

Ambos tenían motivos suficientes para su insistencia. Masetto barruntaba que su sacrificio iba a ser estéril y Eva temía que Masetto alcanzara a entender los motivos de

su negativa y sus planes subsiguientes.

—No, tengo que irme sola.

—¿Y por qué?

—Por muchas razones. Tú debías comprenderlo, Masetto. En Milán desconocen nuestro noviazgo y es conveniente que tengamos mucha prudencia.

—Tienes razón—murmuró el pugilista, con la faz sombría.

Eva equivocó el sentido de su aprobación y, muy animada, siguió hablando:

—Ya lo ves... tú mismo te haces cargo, porque...

Masetto giró sobre sus talones y se enfrentó con ella. Aunque su mundo interior estuviera desequilibrado, tanta era su costumbre en difrazar sus sentimientos y en guardar el dominio sobre sí mismo que sus palabras sonaron suaves y Eva, hasta pasados unos momentos, no supo la intención desesperada que le inducía a proferir sus frases.

—Déjame hablar, por favor. Lo sé, se extrañan de que me quieras siendo un boxeador. Hasta mi familia... —se contuvo con una risa amarga y prosiguió—. Ahora es necesario que yo vuelva a mi trabajo. No puedo seguir viviendo así. Yo te quiero mucho, Eva. Y no transijo con esta vida tan agitada, tan bulliciosa. No quiero vivirla más...

—Entonces...

—¡He decidido que nos casemos.

Eva vaciló; estaba perdida, absolutamente perdida, a merced de la jugarreta preparada por el destino. Desconocía que cuando un hombre de la clase de Masetto ama, no lo hace por el placer de exhibirse, sino para unir su existencia a la de la persona amada por toda la eternidad. Para Eva la broma ya había llegado demasiado lejos. Estaba asustada:

—¡Masetto!—profriró sin aliento.

La providencial entrada de Roberto, vestido ya de etiqueta, sacó a Eva de su atolladero sentimental. Roberto advirtió inmediatamente que algo grave se estaba dilucidando en el departamento de su amiga. Fingió descuido y gritó alegremente:

—¡Eh, muchachos! ¿Aún están así? ¿Pero no tenéis hambre?

—Enseguida vamos—dijo Eva, recobrando su presencia de espíritu.— Masetto, cámbiate de traje.

Masetto se encaminó hacia la puerta. El alivio de Eva había sido demasiado patente para que le pasara por alto y una sensación de derrota y de agonía le dominaba sin parar:

—Eva, date prisa, ¿eh? Este paseo me ha abierto el apetito.

—No te preocupes. Enseguida iremos.

Pero la puerta se interponía como una valla eterna entre Masetto

y ella. Y en vano aguardaron al muchacho aquella noche.

3

Sandro se presentó en casa de Rómulo con una embajada que de buena gana hubiera desechado. No es que Masetto le pidiera explícitamente su intervención en su favor, pero la avispada inteligencia del futbolista no concebía que su amigo se dirigiera exclusivamente a él dando de lado a sus padres. Además el asunto, cuya resolución era harto compleja, requería el consejo y el apoyo de Rómulo y de Amalia.

Una vez ante estos dos personajes estuvo titubeando, sin saber por dónde empezar. Pero de solventar su perplejidad se encargó Rómulo que, más ansioso de lo que en realidad pensaba, exclamó:

—Vamos, habla.

Sandro introdujo su mano en el bolsillo y rozó los bordes del papel, como demandando apoyo.

—Verá... he recibido una carta de Masetto.

Los ojos de Amalia brillaron de agradecimiento, lo mismo que los de Rómulo. Sin embargo, éste no abandonó su humor rudo y preguntó secamente:

—¿Y qué dice?

—Que ahora está en Milán y quisiera volver para trabajar. Que no tiene dinero y me dice si puedo prestarle algo para el viaje. Que

vendrá a Roma porque quiere labrarse un porvenir.

Rómulo desconocía la parábola de "El hijo pródigo" y se echó a reír con burla, interrumpiendo el relato de Sandro. Cuando se hubo calmado su extemporánea hilaridad, el futbolista dejó caer de sus labios la fatal noticia.

—Porque quiere casarse...

Una larga pausa siguió a esta aclaración. El viejo reloj del comedor dejó oír su ritmo cansado. Amalia y Rómulo se miraron. ¡Pobre Ana, siempre esperanzada! Aquello era el fracaso de sus planes. Masetto estaba perdido sin remisión para ellos.

—Dame la carta —ordenó Rómulo—... quiero leerla.

Hizo Sandro lo que pedía y volvió a reinar el silencio mientras Rómulo recorría con los ojos y velozmente las líneas del escrito de Masetto. Por último, levantó su vista y arrojó el papel contra el suelo.

—Nada, nada... Ni una sola palabra, no digo para mí, sino para ella, para su madre... ni siquiera recuerdos para su madre... —tragó su dolor y estrechó la mano del amigo de su hijo—. Gracias, Sandro, muchas gracias.

—Lo siento mucho... —contestó éste—, no sé si he hecho mal, pero he creído...

Rómulo borró con un ademán sus escrúpulos. Un destello de su anti-

gua fanfarronería sonaba en su voz al responder:

—No, no, has hecho muy bien. Adiós, Sandro.

—Buenas noches—saludó el joven, cogiendo su sombrero depositado en una silla.

Pero algo maravilloso, algo tan inesperado como los efectos de un rayo, algo que les heló la sangre en las venas, ocurrió antes de que Sandro se alejara. Amalia se levantó de la silla en que presenciara la escena anterior sin pronunciar una palabra, muda como la estatua de la desesperación y se interpuso entre los dos hombres, creciéndose gigantesca ante sus ojos. Llena de un valor y de una pasión de incomparable energía acumulada año tras año de tormento espiritual, alimentada por las ofensas hechas a su corazón de madre, habló con el aspecto acusador de una conciencia ofendida:

—¡Basta, basta! —gimió, dirigiéndose a su esposo—. No puedo más. ¿No comprendes que no puedo más? Toda mi vida la he pasado sufriendo. Primero por tí... he envejecido esperándote mientras tú luchabas siempre por esa afición maldita... y yo aquí, en casa, curándote las heridas, sonriéndote, no llevándote la contraria, siempre diciéndote que sí... esa ha sido mi vida... Esperaba que terminaría todo, pues no, señor, me quitaste también a Masetto... desde pequeño,

¡siempre contigo, siempre contigo!
Y ahora quiere casarse con esa mujer... ¡No le veríamos más! Y eso no. ¡Eso no! —asíó de un brazo al abrumado Rómulo y lo sacudió con fuerza—. Tú debes traérmelo, ¿me entiendes?

Y Rómulo saltó como un corcel de buena casta al que se le da un latigazo.

—¿Tú no me crees, Roberto?— preguntó Eva, al terminar el relato de sus proyectos, sin saber que algo había muerto entre ella y Masetto el día en que éste le pidió que se casara con él.

Roberto dudó antes de hablar. No podía oponerse a los deseos de Eva, pero, era lo suficiente inteligente y harto conocía a su amiga y al pígil, para abrir los ojos de ambos a la luz de la verdad. Lo que Masetto había creído que era hostilidad contra él, no era sino una visión clara de las cosas. Carraspeó y dijo:

—Sí, Eva, te creo. Tengo la convicción de que serías una buena esposa, pero... casándote con Masetto muy pronto echarías de menos nuestro mundo y sé que terminarías siendo infeliz... —contuvo su protesta—. Y, sin embargo, te conviene más, por su edad y por su posición, casarte con Rosano. Te haría más feliz.

—Es que le quiero mucho.

—Sí, sí, comprendo que es doloroso. Pero, imagínate por un momento, la vida de un boxeador de porvenir incierto... tendrías que vivir modestamente. Además, piensa que su familia te acogería mal.

—¡Roberto!— exclamó dolorida Eva.

—Sí, lo sé —replicó éste—, te pareceré muy malo, pero no lo soy —empleó su argumento decisivo—. Mira, en este momento, sin quererlo quizá, yo le estoy haciendo un gran favor a ese pobre muchacho. El también sería desgraciado...

La zozobrante voluntad de Eva, carcomida por la ambición y por su sentido práctico, tuvo que acatar el buen sentido de Roberto. El pretexto que éste le ofrecía para apartarse de Masetto no era tan descahellado que nadie la acusara más tarde de un propósito venal. Con todo, tomar una decisión tenía dificultad, en parte por el amor hacia Masetto, en parte por su amor propio.

Como una respuesta a esta conversación, Rómulo estaba haciendo sus preparativos en Roma para salvar a Masetto de las manos de Eva y hacerle volver por el camino del sentido común y del bien. Aún no se había recobrado de su asombro por la ira y los reproches que le había lanzado a la faz Amalia. Se felicitaba, sin embargo, por la oportu-

tunidad que éstos le habían brindado de recuperar a su hijo, sin ninguna responsabilidad de su parte ante el fracaso que barruntaba.

Capitoste entró hecho una exhalación en la casa y agitó frenético una guía de ferrocarriles.

—Eso es... si nosotros salimos de aquí por la mañana a las nueve, llegamos a Milán, a las nueve de la noche —aclaró, sin dejar lugar a dudas—. A las veintiuna.

Rómulo le sonrió y, después de titubear unos instantes, explicó:

—Capitoste, te agradezco mucho que me acompañes en este viaje... no me atreva a ir solo... con mi carácter...

Capitoste sacudió afirmativamente la cabeza, para enmendar enseñada su aprobación.

—Rómulo... Yo también quisiera decirle unas cuantas palabras a Masetto... Además, te digo la verdad... he oído decir tantas veces: "Milán es precioso...", "Milán es divino..." que tengo curiosidad por ver esa ciudad. Y he viajado por tantos sitios y no he podido ir nunca allí. ¡Ja, ja, ja!

•••

Masetto penetró en la estancia de Eva, que aún meditaba su conversación anterior con Roberto, y lleno de alegría corrió a cogerle las manos. Por fin había triunfado de su temor y pronto se vería junto a

sus amados padres en compañía de la joven.

—Le escribí a Sandro. Seguramente le llevará la carta a mi padre. ¡Figúrate qué escena! Te creen una mujer peligrosa, pero, cuando te conozcan... ¡tú los querrás también! son tan buenos... ¡Mi padre es un poco brusco, pero siempre hace todo lo que yo quiero.

—Masetto, no hagas tantos proyectos... porque yo no pienso casarme contigo.

Masetto jamás había oído, ni visto la expresión seria y decidida, tal afirmación en boca de Eva. Su alegría desapareció como por encanto y sus antiguas y vehementes sospechas aparecieron tumultuosas. Se irguió y escudriñó el rostro de la joven con ojos que destellaban acedados.

—Eva, ¿bromeas?—preguntó lacónicamente.

—No, no bromeo —aseguró con precipitación—. Sería muy hermoso, pero no es posible.

¿Por qué no era posible? ¿Por qué? Si no era una broma, ¿por qué era tan inútil, había sido tan estéril cuanto entonces obraran y les rodeara? El ingenuo carácter de Masetto se debatía en vano ante estos problemas demasiado abstrusos para su sencilla naturaleza. Eva advirtió su palidez y se llenó de espanto.

—Te quiero mucho, Masetto

—afirmó—. Tú no puedes imaginarte cuánto te quiero... Pero no me casaré contigo. Yo no podría nunca acostumbrarme a vivir una vida modesta.

—Pero, yo te amo—protestó Masetto que, de acuerdo con el credo de las personas humildes, creía que el amor lo es todo y sirve para llenar todos los restantes vacíos.

Pero no entraba en el plan de Eva dejar que Masetto hablase. Tenía que ante su injusticia su apasionado y recto corazón se encendiese en ira y desvirtuase el acento de sus palabras. Creía Eva que el recuerdo de que ella le amaba le serviría de consuelo, tan inmenso era su egotismo. Así, pues, no hizo caso

de su protesta y anunció, remachando su derrota:

—Y voy a casarme con antiguo pretendiente que resolverá mi vida.

El dulce embrujo que le vinculara Eva había desaparecido para siempre. Se estremeció. ¡Qué oscura y difícil era la senda que ante él se extendía! Volverían los tiempos duros... Pero, no, aún tenía a alguien, a muchas personas honradas y leales que le admiraban por bajo que hubiese caído. Su familia, Sandro, Capitoite y... Ana. ¡Qué locura era la vida! La razón del cariño filial y la esperanza de que el tiempo se encargaría de hacer desaparecer las huellas del sufrimiento que retorció su alma, apartaba de sí, levemente, su vergüenza y su pasado amor.

CAPITULO VIII

Mañana volveré a entrenarme

La primera idea de Masetto fué regresar cuanto antes a Roma y, aunque más tarde no la substituyera por otra, no la llevó a cabo por una sencilla y apremiante razón: sus pe-

queños ahorros habían desaparecido de su cartera y ni una lira pesaba en sus bolsillos concediéndole algún consuelo.

Desde que abandonó para siem-

pre a Eva, una nueva y desconocida, hasta entonces, sensación había ido a sumarse a su atonía espiritual y de momento no supo a qué achacarla. Pero pronto tuvo que confesarse que aquellos mordizcos, o lo que fuere, que atormentaban su estómago tenían mucho más parecido con el hambre.

Tal era su situación: amante desdenado, sin un céntimo, en una ciudad desconocida, con un hambre espantosa y una terrible nostalgia de su hogar, producto del resumen del caos que le envolvía.

Lo peor del caso es que no tenía otro remedio que aguardar a que la suerte se compadeciese de él o que su carta a Sandro hubiera surtido el deseado efecto. Pero si su padre se presentaba en Milán, ¿cómo se las ingeniaría para dar con él, que había desaparecido del hotel, dejando sus maletas como pago de sus cuentas atrasadas?

Dejó por resolver esta incógnita y sin percatarse de ello se fué aproximando a la estación como atraído por una fuerza irresistible. Cada tienda de ultramarinos y cada restaurante era para él una parada obligatoria y saludaba, desde lejos, a los apetitosos manjares expuestos, con una ávida mirada que, sino le hartaba, por lo menos le servía de consuelo al pensar en el sabroso plato de sopa que su madre le serviría si le era posible llegar a Roma...

En las cercanías de la estación, un halagador aroma de manjares calientes le arrastró hacia un bar. Su mirada recorrió con envidia las espaldas de las personas dedicadas a la digestiva tarea. Se encogió de hombros y se disponía a pasar de largo —¡qué remedio le quedaba!—, cuando una voz vagamente familiar le interpelló:

—¡Masetto!

Dió media vuelta y se encontró frente a la mano extendida de Radesio, que le sonreía con afecto. Por lo visto, pensó, sus puños servían para despertar las simpatías de todo el mundo. No le halagaba la idea de que Radesio le encontrara en aquella situación, más derrotado que él mismo cuando fué puesto fuera de combate. ¡También la vida es capaz de asestar firmes puñetazos a la barbilla!

—¡Hola, Radesio!—exclamó—. ¿Tú en Milán?

—Sí, tengo un combate pasado mañana —afirmó su antiguo contrincante—, ¿no lo sabes? Como a tí ya no te interesa nada el deporte —añadió para sí mismo—... Entre nosotros se habla mucho de tí.

Masetto miró al suelo apurado. Radesio le tocó con afecto un brazo. No era dificultoso comprender que el muchacho estaba bajo el efecto de una desmoralización completa. ¡Era una lástima!

—Haces mal... —le reprochó

con suavidad—. Vuelve a Roma y prepárate. Tú... puedes hacer carrera, te lo digo yo.

La preocupación de Masetto aumentó. Se dijo que no habría nada en el orbe, si lograba salir de aquel estado desagradable, que le obligara a olvidar los consejos de Radesio. Era más buen deportista que él, aun cuando su pasada conducta pareciera indicar lo contrario.

—Quería marcharme, pero... —se calló un segundo—, le he escrito a Sandro que me mande un poco de dinero.

El noble pecho de Radesio sintió piedad. Masetto estaba derrotado, ¡menos mal que en el primer asalto! El quería contribuir a que aquella maravilla del deporte no se malograra para siempre. Abrió su abrigo y sacó su cartera.

—Yo te lo doy... luego en Roma ya me lo devolverás.

El joven sintió un anhelo tremendo, más lo dominó. Que un viejo pugilista, en el declive de su carrera, tuviera que socorrerle era algo que sublevaba sus más delicados sentimientos. Era algo así como el castigo que la Divina Providencia le imponía por su ligereza. Lo sufriría si era necesario. Detuvo la mano de Radesio.

—No, gracias —balbuceó humillado.

—¿Es que no volveremos a vernos? —protestó Radesio con cor-

dialidad—. En el ring, quizás no... pero en el café... —se interrumpió y contó unos billetes—. ¿Doscientas te bastan? Así puedes marcharte esta tarde.

Los ojos de Masetto se llenaron de lágrimas que apenas le permitieron distinguir los billetes. Un fuerte apretón de manos fué el pago que dió a Radesio. Y cuando se alejó, éste le miraba con cariño, diciéndose: "Ahí va el futuro campeón de Europa. No tardará más de dos meses en serlo el muchacho".



En el hogar de Masetto todo era alegría y animación. Sin más razón que la de que Rómulo iba en busca del hijo pródigo todos esperaban ver regresar triunfantes al antiguo boxeador, esperanza tal vez un poco injustificada, puesto que no sabían la ruptura de Eva con Masetto.

Ana, que no había querido pasar la ocasión sin poner su óbolo en la conquista de Masetto, ayudaba a Amalia en su tarea de preparar las maletas de Rómulo. La voz de éste sonaba placentera en la tienda, abierta hacía unos instantes, cantando una canción. El día era hermoso, el sol diáfano y el aire no excesivamente frío, en fin, que todo parecía augurar que el éxito les sonreiría.

Sandro había ido a la estación a sacar los billetes de ambos viaje-

ros. A Amalia le tardaba ver llegar la hora de despedir a su esposo y lanzaba frecuente y nerviosas miradas al reloj, haciendo otro tanto Ana.

—Sí, en el tercer cajón, en el fondo... Una camiseta de abrigo. En Milán hará frío.

Ana volvió con la prenda pedida.

—Tenga.

—Gracias, ¿qué hora es?—suspiró la madre de Masetto.

—Las ocho y media—anunció Ana, tras de consultar el reloj.

—Es tarde —dijo excitada Amalia—. Teamos que darnos prisa.

Entre ambas cerraron las maletas y Ana se apoderó de ellas, sin hacer caso de las portestas de Amalia.

—Si me lo permite, yo las llevaré. Quiero hablar con el señor Rómulo... —se le trabó la lengua, pero hizo un esfuerzo victorioso y agregó—, para decirle, que no regañe mucho a Masetto...

Y la madre del muchacho la atrajo hacia sí y depositó un cálido beso en su frente, con los ojos constelados de lágrimas. A continuación salieron a la tienda y acuciaron a Rómulo que, con la misma tranquilidad cotidiana, se ponía el abrigo y recibía las últimas advertencias de su esposa, refunfuñando un poco para no perder facultades, como se confesaba.



Masetto cruzó las calles de Roma intentando ocultarse de la vista de las personas, como el criminal que anda huído. La suerte le acompañó, es decir, nadie le reconoció hasta que llegó a la esquina de la calle perpendicular a la que estaba situada la tienda de Rómulo y, al detenerse contemplando emocionado el edificio que le viera nacer, para dominar los desorientados impulsos de su corazón, tropezó con Capitoate que, muy emperifollado y cargado con un par de maletas, corría en busca de Rómulo.

Cuando se recobró de los efectos del choque y pudo percatarse de una manera congruente de quién era en verdad la persona que tenía delante, soltó las maletas y levantó los brazos al cielo, casi maldiciendo el inesperado regreso del muchacho.

—Masetto, ¿tú aquí?

—He llegado de Milán en este momento.

Capitoate consultó su reloj, dió unos pasos agitado y volvió a su lado, donde, abriendo los brazos y gesticulando con ellos, indagó:

—¿Y qué hacemos ahora? Yo he preparado la maleta, he comprado el billete, segunda clase, ida y vuelta.

Pero Masetto no paraba atención a sus enardecidas palabras. Atisbaba ansioso la puerta de la

abacería. A medida que transcurría el tiempo se le antojaba más árduo encaminarse hacia ella y entregarse a la misericordia indudable de sus padres. Jamás había sentido tanto miedo como en aquel instante y a punto estaba de girar sobre los talones y echar a correr.

—¿Y Sandro habló con papá? —preguntó a Capitoste, que aguardaba aún contestación a sus palabras.

—Sí, precisamente íbamos por eso a Milán —le aclaró—. Tu padre quería decirte cuatro palabritas, y además...

Capitoste no tuvo necesidad de agregar nada más para que Masetto entendiera la continuación, la cual, al fin y al cabo, bien retratada estaba por el picaresco gesto del amigo de su padre. Metió sus manos en los bolsillos de su abrigo y sacudió su cabeza:

—No, Capitoste... todo acabó ya, es inútil hablar de ello—con gran asombro notó que el recuerdo de Eva no le conmovía. La esperanza de la vuelta era demasiado enorme para ser vencida por la memoria de la traición.

—Pues no hablemos más—dijo Capitoste, remediando inconscientemente su gesto.

Pero dió un salto al mirar el reloj. Estaba haciendo una tremenda tontería. Cogió las maletas y volvió a agitarse frenético ante Masetto.

—¡Ah! pero yo me marcho a Milán, ¿eh? Enseguida: ida y vuelta.

Corrió hacia la abacería ayudando con esto involuntariamente a Masetto, que aún permanecía inmóvil en la esquina. Rómulo observaba impaciente a un cliente meticuloso que escogía los cigarrillos como si fuera a hallar entre ellos oro en polvo.

—Están un poco pasados estos cigarrillos.

—Sí—concedió, echando una mirada a la calle. Capitoste se retrataba, el cliente prolongaba su escrutinio, en resumen, que iban a perder el tren.

Pero Capitoste inmediatamente se presentó como una tromba, empujando a los clientes y llegando hasta el mostrador.

—¡Rómulo! Todo ha terminado bien. Masetto ha vencido. Esta es su mejor victoria —anunció casi telegráficamente, sin ser entendido por su amigo—. Os mandaré una tarjetita desde Milán, ya veréis... Y cuando haya dado una vueltecita para ver la catedral, pues volveré. Buen viaje—se deseó a sí mismo.

Voló hasta la salida, para regresar inmediatamente. Sospechaba que no había pecado por claro. Rómulo le miraba con la boca abierta, como si creyera que se había vuelto loco y este pensamiento, en lugar de ofenderle, le llenó de alegría: de la locura al genio media únicamente

un paso. Pero en lugar de ser más explícito con su amigo, se dirigió hacia Ana y la arrastró hacia la puerta, sin que la joven se atreviera a oponerse.

—Ha vuelto... el hijo pródigo... —decía Capítoste jadeando—. ¡Ea, es el momento oportuno, no pierda el tiempo!

“El tiempo”, estudió el reloj y soltando un bufido dejó en libertad a la muchacha. Llegó a la esquina y gritó desde ella:

—¡Buen viaje! ¡Temo perder el tren!

Ana vaciló antes de encaminarse hacia Masetto que simultáneamente se puso en movimiento. Los dos jóvenes se miraron sin decirse una palabra y una sonrisa bellísima brotó en los labios de ambos, como una promesa futura. Si Rómulo la hubiera observado de seguro se frotaría las manos.

—Masetto... ve... tu padre te espera.

Masetto traspasó el umbral de la abacería y las pupilas de padre e hijo se clavaron escudriñando el alma de cada uno. El cliente de Rómulo sin percatarse de la gloriosa escena que estaba aconteciendo, se encaró con el abacero:

—Póngamelos en una bolsa —dijo tendiéndole los cigarros— que no se estropeen.

Rómulo no le escuchaba; dando la vuelta, salió de detrás del mostrador y se aproximó a Masetto como hipnotizado. Masetto sintió que le temblaban las comisuras de la boca...

—Papá, quería decirte... —se interrumpió emocionado.

—¿Qué quieres? —le animó Rómulo, afablemente.

—Que mañana volveré a entrenarme.

Y padre e hijo, olvidándolo todo, se abrazaron estrechamente.

"UNA GRAN PELÍCULA UNA GRAN NOVELA"

Katie , por Danielle Darrieux y John Leder	1.75 Ptas.	El viejo doctor , por Enrique Muñoz	2.50 Ptas.
El retorno de pimpinela escarlata , por Harry K. Barnes y Sophie Bennett	1.75 "	El pobre rico , por Roberto Font y Mercedes Vento	2.50 "
De Mayerling a Sarajovo , por John Lodge y Ebelega Pauline	1.75 "	¡A mí la Legión! , por Alfredo Mayo, Luis Peña y Manuel Lant	2.50 "
Ninotchka , por Greta Garbo y Melvyn Douglas	2. - "	Viaje sin destino , por Antonio Casal y Lucky Stone (Premio nacional de cinematografía, 1942)	2.50 "
Yo era una aventurera , por Lucrecia Pauline	2. - "	La condesa María , por Rafael Durán y Lora Regula	2.50 "
Venganza en oriente , por Paul Lukas, Jane Bryan y Ray Wells	2. - "	Soda accidental , por Mercedes Vento y Luis Fuentes	2.50 "
La Venus ciega , por Viviana Busnara y Georges Filizant	2. - "	Nueva de luz , por Antonio Casal a la luz de: Fozes (Premio nacional de cinematografía, 1942)	2.50 "
Fuente cerrada , por Librand Lavanque y Agustín Irusta	2. - "	A las 8:30 de química , por Ana Vall	2.50 "
10 días en París , por Rex Harrison y Ferns Verne	2. - "	San Francisco , por Clark Gable, Jeanele MacDonald y Spencer Tracy	2.50 "
Pánico en la Banca	2. - "	De México llegó el amor , por Tito Guizar y Amanda Ledesma	2.50 "
El asiro del langó , por Hago del Ceñil y Amalia Ledrama	2. - "	El oca está debajo de un almendro , por Amparo Riva, Iba y Rafael Durán	2.50 "
Soñar no cuesta nada , por Miché y Silvie Logrand	2. - "	Cuando el ladrón encuentra al ladrón , por una de las primeras estrellas del cinema	2.50 "
Paris 1900 , por Willy Fritsch y Olga Tschukowa	2.50 "	Esta noche no hay nada nuevo , por Vall	2.50 "
La corona de hierro , por Lina Fábila, Elise Legani y Gus Cerry	2.50 "	La culpa fué del tren , por Inezita Dolan	2.50 "
Rosa de sangre , por Viviane Samois	2.50 "	Tu y yo , por Irma Duna y Charles Boyer	2.50 "
Vida robada , por Elisabeth Berg	2.50 "	Su mejor victoria , por Eri Melighani y Hermann España	2.50 "
Agárrame ese fantasma , por Bud Abbott y Lou Costello	2.50 "		
Una mujer en la noche , por Viviane Busnara	2.50 "		

EN PREPARACIÓN

Catalgala de amor , por Simón Izquierdo	Quiero ser mujer , por Shirley Temple
Un día de Navidad , por Katherine Hepburn y John Barrymore	Esta mujer es mía , por Holly Lawless y Spencer Tracy
El vaquero y la dama , por Gary Cooper y Maureen O'Hara	El ladrón de Bagdad , por Sabu
	Mamá a la fuerza , por Ginger Rogers y David Niven

Colección NOVELIZACIONES CINEMATOGRAFICAS SELECTAS

en tapas de cartón y portadas a todo color

Educación de príncipe , por Elvira Papeete, Lina Jaura y José de Elay	1.50 Ptas.	Música de ensueño , de una película de Greta von Bolyar	1.50 Ptas.
--	------------	--	------------

UNA GRAN PELÍCULA

UNA GRAN NOVELA

UNA GRAN ESTRELLA DE CINE Y DE NOVELA

Foss tharials

MANUALES *“Logrará usted”*

UN NUEVO ESTILO PARA DIVULGAR UNOS TEMAS DE INTERÉS PERMANENTE

Por primera vez ha sido puesta a la venta una colección de manuales sobre temas de máximo interés y utilidad.

Constituyen las características de esta serie: su exposición clara y concisa, su facilidad para ser consultados y las abundantes ilustraciones para su perfecta comprensión.

Logrará usted ser artista de cine

NORMAS, CONSEJOS Y EJEMPLOS PARA EL ASPIRANTE E INTERPRETE CINEMATOGRAFICO

Una obra que abrirá las puertas de los estudios a los futuros artistas. Un libro que da a conocer como son las grandes estrellas de la pantalla.

Logrará usted distinción y elegancia en sociedad

MODERNAS NORMAS DE URBANIDAD Y ETIQUETA SOCIAL

Su consulta es en todo momento necesaria tanto en la vida social como en cualquier circunstancia de la vida moderna. Contiene abundantes y seleccionados modelos de cartas de felicitación, invitación, pésame, etc.

Logrará usted fuerza y belleza

GINNASIA SUICA PARA HOMBRES, MUJERES Y NIÑOS, CON 122 EJERCICIOS ILUSTRADOS

La acertada disposición de los grabados con su descripción inmediata a los mismos da a este libro la característica de su fácil y cómoda utilización.

UN CUERPO DE ESCRITORES ESPECIALIZADOS COLABORAN EN LA REDACCION Y ASESORAMIENTO DE ESTOS MANUALES

3
PESETAS
EJEMPLAR

Distribuidora: Sociedad General Española de Librería - Barbará, 16 - Barcelona

146718-1047 S.A.